

I N T E R V E N C I O N E S M I L I T A R E S

Y P O D E R F A C T I C O

E N L A P O L I T I C A C H I L E N A (de 1830 al 2.000)

Luis Vitale

Santiago 2000

A manera de Prólogo

Es llamativo el hecho de que en la historiografía de nuestro país no exista una Historia general de la intervención de las Fuerzas Armadas en la política, salvo los aportes de los recientes libros de Patricio Manns y Dauno Tótoro; apreciaciones sobre ciertos períodos de historiadores y ensayistas como Carlos Vicuña Fuentes, Alberto Edwards, Gonzalo Vial, Luis Cruz, Carlos Charlín, Ricardo Boizard, Tito Mundt, José Gómez López, Hernán Millas, Arturo Olavarría, Carlos Charlín, Alejandro Silva de la Fuente, Raúl Ampuero y René Montero; además de monografías escritas por los propios militares para ensalzar su Institución: Arturo Ahumada, Emilio Bello C., Juan Bennett, Leonidas Bravo, E. Monreal, Humberto Navarro, F.J. Ovalle, Emilio Rodríguez Mendoza, Carlos Saez, A. Schroeders, J.M. Varas Calvo, David Bari, A. Walker, E. Wurth, Horacio Gamboa y, sobre todo, los 10 volúmenes de la "Historia del Ejército", publicados en 1983 por el Estado Mayor del Ejército.

Asimismo, llama la atención que los escritores de izquierda, con excepción de Hernán Ramírez Necochea, no hayan intentado hacer un estudio sistemático del papel de las Fuerzas Armadas en nuestra historia.

Sin subestimar los aportes puntuales de Julio César Jobet, Marcelo Segall, Ricardo Donoso, Enzo Faletto, Hugo Zemelman, Eduardo Ruiz, Oscar Waiss y Alejandro Chelén Rojas, podemos decir que las primeras investigaciones en profundidad, además de las de Ramírez Necochea, fueron realizadas por Fernando Mires, Augusto Varas, Felipe Agüero, Carlos Maldonado, Patricio Quiroga, Hugo Frühling, Carlos Portales, Frederick Nunn, Alberto Polloni, Liisa North, Manuel Antonio Garretón, Genaro Arriagada, Mariana Aylwin, G. Alamos, Fernando Bustamante, María Teresa Covarrubias y Osvaldo Labarca; todas publicadas después del golpe militar de 1973, con excepción del pionero ensayo de Alain Joxe: "Las Fuerzas Armadas en el sistema político chileno", editado en 1970.

No obstante, todavía está por elaborarse una historia general de las intervenciones militares en la política, desde que nacimos a la vida republicana hasta nuestros días. De todos modos, se siguen produciendo significativos ensayos, como el de los historiadores Sergio Vergara Q. y Verónica Valdivia sobre aspectos del comportamiento castrense que, sin duda, contribuyen a la formulación de una teoría y práctica de las intervenciones de los militares en la política de nuestro país.

Mi primera contribución al tema fue el libro **Y después del 4 ¿qué?**, publicado por Ed. PLA el 20 de septiembre de 1970, que contiene un capítulo especial sobre la intervención reiterada de las Fuerzas Armadas en la política chilena. Elaboré

este trabajo con el objetivo manifiesto de alertar sobre la amenaza de golpe de Estado que preparaba la CIA, en contubernio con la Derecha y ciertos militares chilenos, como Viaux, para impedir el ascenso al gobierno del candidato triunfante, Salvador Allende, desmistificando la tradicional versión de respeto histórico de las FF.AA. a la constitucionalidad, escrito que según Pedro Vuskovic, más tarde en el exilio, fue uno de los libros que tenían de cabecera connotados allendistas en aquel angustiante período.

Luego, en medio de aquella angustiante situación que vivía el pueblo chileno, redacté un trabajo que publicó en 1971 el Instituto Central de Sociología de la Universidad de Concepción- de la cual era profesor- titulado **Las guerras civiles de 1851 y 1859 en Chile**, donde cuestionaba el mito de la estabilidad de la "época portaliana" y ponía al descubierto las nuevas intervenciones de los militares en la política; al regalárselo a Salvador Allende me dijo con cierta ironía si era un aviso para su gobierno. Quizá -le dije- dado el momento que vivimos; el aviso va para muchos dirigentes de la UP que todavía creen que las Fuerzas Armadas han sido y siguen constitucionalistas.

En 1973, el diario La Nación me publicó una serie de artículos, basados en el Seminario que hice en el Instituto Nacional con el auspicio de la Biblioteca Nacional y del insigne investigador Ricardo Donoso, sobre el tema **Análisis comparativo entre los gobiernos de Balmaceda y Allende**. A esa altura del año, ad- portas del "tanquetazo", mi preocupación por la historia de las intervenciones de los militares en la política chilena se había acrecentado, pues el golpe se veía venir -para quien lo quisiera ver.

Puse entonces, en el Seminario de la Biblioteca Nacional, especial énfasis en la similitud estratégica y táctica de la Oposición conservadora para derrocar a Balmaceda con la que se estaba aplicando contra Allende. Señalé que los opositores a Balmaceda crearon un clima de agitación para obligar al presidente a renunciar; lo mismo se estaba exigiendo a Salvador Allende. En 1890 se hicieron acciones parlamentarias destinadas a provocar crisis ministeriales y a obstruir proyectos gubernamentales, operaciones extraparlamentarias que iban de la agitación callejera opositora y actos de sabotaje hasta campañas del terror y pánico financiero para dar la apariencia de un caos económico.

El paralelo entre esa táctica contra Balmaceda tenía gran similitud con lo que estaba ocurriendo con el gobierno de Allende. De Balmaceda se dijo en 1890 que era ilegítimo, llegando en junio de 1890 a declararlo dictatorial en una concentración donde habló Gregorio Pinochet, apoyado por los generales del Canto y Baquedano. En aquel momento, el diario "El Mercurio" comenzó a golpear a la puerta de los cuarteles, dando patente de legalidad al golpe en "nombre de la constitución y las leyes". Estrategia muy similar a la aplicada contra el gobierno de Allende.

En condiciones muy excepcionales, en mi condición de "prisionero de guerra", volví a reflexionar sobre el tema en las

9 casas de tortura y campos de concentración en que estuve desde el 12 de septiembre de 1973 hasta el 27 de noviembre de 1974, en grupos colectivos de presos interesados en dicha problemática. Años más tarde -no por casualidad en el exilio- redacté un borrador en la Universidad Goethe de Frankfurt que, años después, incorporé al tomo VI de la Historia General de América Latina (editada en 1984 por la Universidad Central de Venezuela) sobre el nuevo papel de los militares en la política latinoamericana, a raíz de la nueva doctrina norteamericana de Seguridad Nacional. En 1988, publiqué otro ensayo en la Editorial "Los libros del Retorno", Buenos Aires, acerca del papel de los militares chilenos, desde la dictadura de Ibáñez hasta 1970.

Ya retornado, seguí acopiando información y llenando vacíos sobre momentos que tenía insuficientemente tratados. Y me decidí a publicar este tercer o cuarto borrador porque no quería fallarle al compañero presidente, Salvador Allende, en el 27 aniversario de su muerte, que al principio se creyó que era un asesinato, en base a la transmisión oral y a la descripción del libro de Robinson Rojas, pero después se generalizó la versión del suicidio. Si así fuera, no se trató de un suicidio corriente sino el de un hombre que fue empujado por los militares golpistas a tomar esa decisión extrema, fenómeno que es un cuasi-asesinato. Similar atentado a los Derechos Humanos sucedió con Balmaceda.

Por el momento, no pretendemos hacer una historia de las Fuerzas Armadas sino solamente poner de manifiesto su recurrente intervención en la política, hecho soslayado por quienes han alentado el mito de un Chile civilista, con unas Fuerzas Armadas sólo preocupadas de la Defensa nacional y siempre constitucionalistas, inclusive cuando dan golpes de Estado para "salvar la constitucionalidad, la democracia y la libertad".

I N D I C E

Pág.

Dedicatoria

A manera de Prólogo

Introducción: **Reflexiones teórico-metodológicas**

PRIMERA PARTE (total páginas: 65)

- Capítulo I: **El golpismo y la guerra civil de 1829 en defensa de la ideología conservadora.....**
- " II: **20 años de presidentes militares (1831-51) y el mito de la estabilidad de la "era portaliana".....**
- " III: **"Poder fáctico" y militares al Parlamento.....**
- " IV: **Expansión de la "frontera interior"= masacre del pueblo mapuche.....**
- " V: **Balmaceda y la traición de los generales al presidente constitucional.**
- " VI: **Las Logias Militares y el conato de golpe en 1919.**
- " VII: **Masacres contra "el enemigo interno"**
- " VIII: **Militares al poder: los golpes de 1924-25, el histórico Manifiesto militar del 11 de septiembre de 1924 y la dictadura de Ibáñez (1927-31).**
- " IX: **La rebelión de los marineros**
- " X: **Los sucesivos gobiernos militares de junio a octubre 1932. Dos Juntas Militares gobiernan al mismo tiempo.**
- " XI: **La campaña antimilitarista bajo el segundo gobierno de Arturo Alessandri.**
- " XII: **Intento de golpe para impedir el ascenso del Frente Popular: el "Ariostazo" del general Herrera**
- " XIII: **El papel de los militares en la política represiva del gobierno autoritario de González Videla.**
- " XIV: **El general Ibáñez y La Línea Recta.**
- " XV: **La "ayuda militar" norteamericana y el**

entrenamiento de los militares contra "el enemigo interno"

SEGUNDA PARTE

- " XIV: El Tacnazo y el intento golpista de Viaux contra el gobierno de Frei.
- " XV: Los planes golpistas para impedir el ascenso al gobierno de Salvador Allende. La CIA y el asesinato del general constitucionalista Schneider por otro general: Viaux.
Otro mito heredado del s. XIX: el respeto de las FF.AA. a la constitucionalidad.
- " XVI: El militarismo latinoamericano y la Doctrina de Seguridad Nacional, instrumentada por Estados Unidos. Los golpes coordinados de 1964 en Brasil, 1971 en Bolivia y junio 1973 en Uruguay, se suman a la Logia de las Espadas en Haití (Duvallier), Nicaragua (Somoza), etc.
- " XVII: Un intento legalista frustrado: el general Prats. La preparación política del golpe. El tanquetazo de junio 1973. El golpe militar contra el presidente Constitucional Salvador Allende.
- " XVIII: 17 años de gobierno de las Fuerzas Armadas, como Institución:
- El mito del florecimiento económico. Enlancecimiento de la economía entre 1973 y 1983.
- Crisis de poder en la Junta Militar: neoliberalismo Pinochetista-versus-corporativismo de Leigh.
- Medidas represivas de Pinochet abonan el terreno para la implantación del modelo "neoliberal" de los gobiernos conservadores de Reagan y la Thatcher.
- La resistencia popular.
- Los intereses de USA, el F.M.I. y el Banco Mundial fuerzan la salida de los militares del gobierno en varios países. El contexto latinoamericano: la caída de las dictaduras en Bolivia, Brasil, Uruguay y Argentina.
- " XIX: Las condiciones establecidas por Pinochet (1988) para entregar el mando, base del "poder fáctico" militar durante los gobiernos de la Concertación.

Capítulo XX

Reflexiones teóricas y metodológicas

- Diferencias entre Estado y Gobierno
- Criticar Versión de que el Estado forma la Nación (ver Góngora:21,25,40, 42 a 45), Edwards.
- FF.AA. y su concepto de Estado-nación, Patria y nacionalismo (ver Tótoro,p.145) Nacionalismo y militarismo (concepto decimonónico. La historia anterior no fue así (analizar Estado bajo Incas y aztecas y otros de Asia,etc.)
- Criticar visión de un Chile civilista y constitucionalista,diferente a otros de A.L.
- Historia oficial sobre FF.AA. e historia real.

- Gobierno de militares, como caudillos, y cuando las FF.AA. ejercen el poder y gobierno como Institución.

- El Ejército republicano surgió con el Estado y a su vez condicionó algunas formas y funciones del Estado.

- El poder fáctico como un poder permanente.

- Militares o Fuerzas Armadas y militarismo

- El militarismo no sólo es de los militares sino que también es asumido por civiles. Militarismo civil

- El concepto de "enemigo interno" fue sistematizado con la Doctrina de Seguridad Nacional contemporánea, pero ese criterio fue siempre utilizado en la historia de todos los países capitalistas y, especialmente en el caso chileno, desde el s.XIX y más en el siglo XX (masacres,etc).

- Cuando surgió el concepto de autonomía de las FF.AA.- El prusianismo, las Garantías Constitucionales de 1970.

- Partido militar (desde cuando?)

- Militares y Economía en la historia.Actividades gerenciales
- " y su inserción en altos cargos del Estado (ver Frühling,p.9 y 10)
- Ver H.Soto en prólogo a Totoro.

- Ver otras consideraciones en el relato de esta historia o libro.
- Persecución brutal y asesina a camaradas de armas: (ver libro "Héroes...p. 247,251,253,261, 380, 389, 415, 424.)
- Periodización del papel de las Fuerzas Armadas: 1) de 1818 a 1823, b) Decenios, c) Rep.Liberal, etc,etc.,
Periodizar su relación respecto de su ligazón con el capitalismo internacional(inglés hasta 1940 y luego USA)
- El primer presidente civil que tuvo Chile fue Manuel Montt en 1851, es decir 33 años después de proclamada la Independencia, de los cuales los 20 años de los decenios fueron presididos por 2 generales: Prieto y Bulnes, precisamente en la tan magnificada era portaliana.

Capítulo I

El GOLPISMO y la GUERRA CIVIL de 1829

en defensa de la ideología conservadora

Durante la guerra de la Independencia, muchos civiles se vieron obligados a convertirse en jefes militares para garantizar el triunfo de la revolución anticolonial. El Ejército surgió con el Estado republicano, impregnado de algunos aspectos de formación e ideología heredada de la época colonial, como la concepción invasora de tierras y cultura de mapuches, aymaras y otros pueblos originarios.

Los años de gobierno de O'Higgins, creador de la Academia de Guerra en 1817- estuvieron traspasados por cierta forma de autoritarismo militar, ya sea para derrotar todo intento contrarrevolucionario de los españoles o para enfrentar luchas intestinas de fracciones de la burguesía embrionaria.

Como expresión de ese proceso, comenzó a gestarse un embrión de caudillismo militar, como en otros países latinoamericanos, al servicio de las diferentes sectores de la clase dominante.

Sergio Vergara establece un período de intervenciones militares o de "militarismo latente", que va desde 1823 hasta 1837, con dos ciclos: uno, de 1823 a 1827, y otro, de 1833 a 1835. Y entre ambos un momento de "extrema efervescencia", o guerra civil, 1828 y 1829.¹

Algunos oficiales, herederos de las ideas liberales de la

¹ SERGIO VERGARA Q.: **Historia Social del Ejército de Chile**, Ed. Universidad de Chile, Santiago, 1993, t.I, p. 99.

Ilustración francesa, como Ramón Freire, trataron de implementar, entre 1823 y 1828, algunas medidas progresistas respecto de los privilegios de la Iglesia y de los terratenientes, aunque sin caer en el militarismo como sistema de gobierno. Otros, actuaron en favor de la oligarquía latifundiaria y comercial, como fue el caso del general Prieto, jefe de la conspiración conservadora que desencadenó la guerra civil de 1829.

La fase que transcurre de 1823 a 1830 es conocida con el nombre de "Anarquía". En rigor, fue un período de inestabilidad política donde se sucedieron efímeros gobiernos (Freire, Blanco Encalada, Agustín Eyzaguirre, Freire, Pinto, Vicuña y Ruiz Tagle) hasta el estallido de la guerra civil. No obstante, se adoptaron relevantes medidas para terminar con los Mayorazgos (el hijo mayor se quedaba desde la Colonia con toda la herencia para garantizar la integridad de los latifundios) y con los privilegios de la jerarquía eclesiástica, afectando así la ideología conservadora. De ahí, la descalificación de los "pipiolos" por ciertos historiadores para deprimir la importancia de esas medidas y la insistencia en el caos, como justificación del asalto al poder por el general Prieto.

José Victorino Lastarria, agudo crítico de la tradición conservadora, apuntó años más tarde: "Se ha hecho creer generalmente que la administración de los pipiolos era el tipo del desorden, de la dilapidación, de la injusticia y la arbitrariedad. Pero semejantes acusaciones, hijas de la mala fe o de la ignorancia, caen al suelo cuando se hojean los boletines de las leyes de la época y se estudia un poco la historia".²

Posteriormente, Domingo Amunátegui manifestó: "la época de nuestra historia nacional más censurada, más vilipendiada, más ridiculizada, ha sido la que empieza con la abdicación de O'Higgins y termina con el triunfo conservador en Lircay. Nada es más injusto".³

En la década de 1960, Julio Alemparte retomó esta olvidada línea de pensamiento crítico a la historiografía conservadora: "Bien se sabe que ese período es designado, generalmente, con el nombre de "anarquía"; término bastante injusto porque supone un caos inútil, cuando lo cierto es que fue fecundo en valiosas tareas y reformas".⁴

En el análisis de esta fase, la tradición conservadora del siglo pasado fue reforzada hace más de 4 décadas por Francisco Encina y, especialmente, por su padre ideológico, Alberto Edwards: "Se ha dado a aquella época el nombre convencional de 'era de los pipiolos'; en realidad fue sólo el tiempo de

²JOSE VICTORINO LASTARRIA: **Obras Completas**, t. IX, p. 177, Santiago, 1906 y 1907.

³DOMINGO AMUNATEGUI: **Pipiolos y Pelucones**, p. 5, Stgo., 1909.

⁴JULIO ALEMPARTE: **Carrera y Freire**, p. 360, Santiago, 1963.

nuestros gobiernos sin forma".⁵ Era el escenario ideal de los "alocados" y "desconformados cerebrales", al decir de Encina.

En carta del 30 de octubre de 1823, Portales -respaldado por el grupo Estanquero de Diego José Benavente, Manuel Gandarillas, Manuel Rengifo y los Errázuris- decía a Freire: "Una sola hora que Ud. demore puede importar una nueva revolución".⁶

El trasfondo de este período de inestabilidad política fue la crisis económica desencadenada por el abrupto descenso de las exportaciones, que recién se recuperaron en parte al comienzo de la década de 1930 por la demanda del mercado inglés, norteamericano y francés, aunque se mantuvo la cesantía y el estancamiento artesanal.

La rebelión de las provincias contra el centralismo de la capital fue la característica más relevante de esta crisis de gobernabilidad. La contradicción provincias-capital se expresó agudamente en la protesta de los intereses provincianos postergados por el centralismo, cuyos gobiernos actuaban sólo como representantes de la embrionaria burguesía santiaguina, monopolizadora de las entradas fiscales y ejecutora de gravosos derechos de exportación a los productos mineros del norte y a los agrarios del sur.

El rechazo al centralismo dio paso al ensayo federal. Una de las provincias más federalistas, en cuyo honor Infante bautizó su periódico con el nombre de "El Valdiviano Federal", se pronunció "por el sistema federal", sin alentar separatismos, al igual que las asambleas de Coquimbo, Concepción, San Fernando, Talca, Rancagua, Curicó y Valparaíso.⁷

Cuando Infante, el principal teórico del federalismo, planteaba en el Congreso de 1826 que "este es el día en que empiezan a temblar los tiranos y los hombres libres a llenarse de consuelo al oír la federación" quería decir que había llegado el momento en que las provincias, bajo la constitución federal, alcanzarían su libertad ante los dictadores del gobierno central. La constitución federal fue promulgada el 14 de julio de 1826, pero no alcanzó a ser aplicada, siendo reemplazada por la constitución de 1828, redactada en gran parte por José Joaquín Mora, que en el fondo era una transacción entre federalistas y centralistas. Ese año, triunfaron los liberales en las elecciones, calificadas de fraudulentas por "El Estanquero", que consignó: "Era llegado el momento de levantarse en armas".⁸

⁵ALBERTO EDWARDS: **La Fronda Aristocrática**, p. 46, Ed. Del Pacífico, 4ª edición, Santiago, 1952.

⁶ HUGO GUERRA B.: **Portales y Rosas**, Ed. del Pacífico, Santiago, 1958, p. 55.

⁷DIEGO BARROS ARANA: **Historia de Chile**, tomo XIV, p. 457 a 465, edición de 1897, Santiago.

⁸ DIEGO BARROS ARANA: **Historia General de Chile**, tomo XV, p.

Una demostración del criterio exageradamente centralista de la capital era el hecho insólito de que la Aduana residía en Santiago, y no como pudiera suponerse en un puerto. O'Higgins había tratado de trasladar la Aduana de Santiago a Valparaíso, medida resistida por la oligarquía de la capital. Precisamente, la resolución de los pipiolos federalistas de diciembre de 1828 de suprimir la Aduana de Santiago aceleró la decisión conservadora de golpear a la puerta de los cuarteles del general Prieto.

El 24 de octubre de 1829 se rebeló el Ejército del Sur, comandado por el general Joaquín Prieto que había obtenido la segunda mayoría para la Vicepresidencia. Una asamblea de los elementos penquista más acomodados apoyó el levantamiento, invocando como argumento el hecho de que el Congreso no hubiera aceptado la incorporación del senador José Antonio Rodríguez Aldea, elegido por Concepción. Este había participado en junio de 1828, en el motin de San Fernando, jefaturizado por Pedro Urriola, respaldado por el batallón Maipo encabezado por José Antonio Vidaurre.

Prieto derrotó a Freire el 16 de abril de 1830 en Lircay, la batalla más sangrienta desde las guerras de la Independencia. Los militares, al servicio de los pelucones, se ensañaron con sus camaradas de armas, llegando a despedazar a sablazos al general Tupper y a su ayudante Roberto Bell.

La historiografía tradicional, de tendencia conservadora, se encargó de crear la imagen de que Lircay quedara en la historia como el triunfo del orden sobre "el caos". No por casualidad, Santiago apareció rayado con el nombre Lircay ad portas del golpe militar de 1973.

En 1830, el gobierno del general Prieto dio de baja, "sin sueldo ni indemnización alguna a más de 132 oficiales liberales, incluidos 6 generales", según el estudio de SERGIO VERGARA Q., obra citada, p.119. Entre ellos: el general de brigada José María Borgoño que había sido Ministro de Guerra entre 1826 y 1829; los generales Calderón y Lastra, que ni siquiera habían participado en el conflicto, aunque su pecado había sido no apoyar explícitamente a Prieto. También fueron dados de baja los oficiales Viel, Rondizzoni, Beauchef, Labbé y José Antonio Pérez de Cotapos.

Capítulo II

20 años de presidentes militares (1831-1851)

y el mito de la estabilidad de la "era portaliana"

Con la Constitución de 1833, se inauguraría, según C. Portales y Frühling, una fase de "control subjetivo" de las FF.AA. hasta 1891. Afirmación que, formalmente, tiene algo de cierto, pero en la historia real, no oficial, los militares jugaron su papel como poder fáctico y también en rebeliones y participación política en su calidad de Senadores, Diputados e Intendentes, cuyo detalle mencionaremos en el Capítulo III.

Durante el Estado llamado portaliano, los Gobiernos reforzaron el "Ejército de la Frontera" interior para avanzar en el despojo del territorio mapuche. Sus gobiernos, de carácter oligárquico-autoritario, fueron presididos por los generales Prieto y Bulnes; es decir: Chile fue gobernado por militares durante 20 años ininterrumpidos, de 1831 a 1851.

El ministro Diego Portales trató de neutralizar la hegemonía militar creando las llamadas "guardias cívicas". Basado en la experiencia colonial de formación de Milicias, recreadas en 1824 y 1828, Portales estimuló la formación de Guardias Cívicas o Milicias, con el fin de contrarrestar los conatos de golpes militares de la época de Freire y del período gubernamental de los "pipiolos". Portales llegó a ser nombrado Teniente Coronel de la milicia.

Portales no era antimilitarista pero tampoco favorable al predominio de los militares, como Institución, en el Gobierno, como se ha dicho, sino que aspiraba a crear un nuevo Ejército, pero sin oficiales "pipiolos". Aspiraba a garantizar el control civil de un nuevo tipo de Ejército, al servicio de la oligarquía terrateniente y la burguesía comercial. Las milicias sirvieron para complementar la acción del ejército.

Un agudo testigo de época, Pedro Félix Vicuña, dijo entonces: "el gobierno se ha ocupado no de establecer una milicia nacional, sino un ejército permanente"⁹, juicio compartido por otro pensador de ese tiempo, Santiago Arcos: "el oficial de la milicia es el patrón, el rico no sirve en la milicia sino en la clase de oficial".¹⁰

Otro escritor de aquel período, el cristiano de avanzada social, Martín Palma, criticaba al gobierno porque "la mantención del ejército en su estado normal cuesta anualmente al país cerca de dos millones de pesos, o lo que es lo mismo, casi el tercio de nuestras entradas".¹¹

De todos modos -y por encima de la propia Constitución de 1833 que establecía formalmente la subordinación de los militares al Poder Ejecutivo-el papel político del Ejército, como "poder fáctico", se consolidó después de la guerra contra

⁹ PEDRO FELIX VICUÑA: **Vindicación...**Lima, 1846.

¹⁰ Citado por GABRIEL SANHUEZA: **Santiago Arcos**, Ed. del Pacífico, Santiago, 1956, p.207.

¹¹ MARTIN PALMA: **Reseña histórico-filosófica del gobierno de Manuel Montt**, Santiago, 1962, p. 49.

la Confederación peruano-boliviana, sobre todo por la incorporación de las Milicias al Ejército, después del asesinato de Portales. El "poder fáctico" era una forma de presión para garantizar la gobernabilidad y el orden interno, jugando un papel de árbitro o mediador entre las fracciones de la clase dominante.

La historiografía tradicional ha impuesto la imagen de un Chile ordenado, estable y exento de guerras civiles durante la denominada "era portaliana". La verdad es que Chile, al igual que otros países latinoamericanos, sufrió varias guerras civiles, como veremos en páginas siguientes. Frente a los historiadores que todavía hacen una apología del régimen portaliano en el sentido de que garantizó el orden y la gobernabilidad, Hernán Villablanca sostiene que durante los decenios "se pueden contabilizar por lo menos 17 conspiraciones, revueltas y motines y dos guerras civiles".¹²

Los presidentes militares de los decenios han sido presentados por Edwards y Encina como los creadores del "Estado en forma", un estado por encima de las clases. En rigor, representaron los intereses de la burguesía comercial y terrateniente, que exigía un gobierno fuerte para garantizar el orden social y la expansión de la economía exportadora de materias primas que necesitaba el capitalismo europeo en plena expansión. El denominado carácter autocrático y autoritario fue una forma de expresión que adoptó la dictadura burguesa de entonces, respaldada por un ejército "glorificado" con el triunfo sobre la Confederación peruano-boliviana, presidida por el general Santa Cruz.

Desde 1930 se produjeron fricciones dentro del Ejército, que llegaron a constituirse en rebeliones, como la de 1831 en Arauco, encabezada por el coronel Pedro Barnechea y el capitán Uriarte. En marzo del año siguiente, el capitán Eusebio Ruiz intentó el levantamiento del Regimiento de cazadores de Quechereguas. En 1833 se produjo la "conspiración de Arteaga", alentada por el general Zenteno y el coronel Picarte. A mediados de ese año, "la revolución de los puñales" o "revolución de Cotapos", jefaturizada precisamente por José Antonio Pérez de Cotapos y respaldada por políticos y empresarios connotados como José María Novoa, apodado "don Negocio", Francisco Tagle y el ex-presidente Francisco Ramón Vicuña, cuyo objetivo era restituir la Constitución de 1828. A raíz del asesinato de Portales, se produjo un levantamiento de mayores proporciones: el motín de Quillota.

Agustín Edwards sostiene que en los primeros años de Gobierno del general Bulnes, el coronel Godoy tenía "un proyecto de revolución y después de cuatro años de tranquilidad interna comenzaron las prisiones el 1° de noviembre de 1845".¹³

¹² HERNAN VILLABLANCA: "Estructuración Política de Chile en el siglo XIX", Revista de Sociología N° 11-12, 1997-98, Dep. de Sociología de la Universidad de Chile, p. 210.

¹³ AGUSTIN EDWARDS: **Cuatro Presidentes de Chile. 1841-1876**, tomo I, Imp. y Litografía Universo, Valparaíso, 1932.

Las medidas totalitarias y represivas fueron generando, como respuesta, un movimiento de protesta impulsado al comienzo por la Sociedad Literaria, de pensamiento liberal, y también por un sector más radicalizado orientado por Francisco Bilbao y Santiago Arcos, motores de la Sociedad de la Igualdad.

La burguesía minera y triguera del sur, herida en sus intereses, comenzó los preparativos para la rebelión. Uno de los principales motivos de su protesta fue el aumento de los impuestos aduaneros fijado por el gobierno a sus productos de exportación; mientras que el sector terrateniente quedaba exento de dichos impuestos. Mas la causa fundamental era la protesta de las provincias contra el excesivo centralismo de la capital.

Las guerras civiles de 1851 y 1859

Iniciadas como expresión de una pugna interburguesa entre la burguesía minera del Norte chico, representada por los Matta y los Gallo, y la oligarquía terrateniente, respaldada por el gobierno y su ejército, se transformó en una lucha social al incorporarse combativamente los artesanos y campesinos, que desbordaron el limitado programa burgués reformista-liberal.

Al calor de los enfrentamientos con el ejército, surgieron los primeros embriones de **Poder Popular** en la historia de Chile. Germen de poder popular fue el Consejo del Pueblo de La Serena en 1851, liderado por José Miguel Carrera, hijo, organizador de 500 milicianos, hecho omitido por la historiografía tradicional. Los mineros ocuparon Elqui, Huasco e Illapel, logrando durante dos meses el control de vastas zonas del Norte chico. En Copiapó, se mantuvieron en el poder desde el 26 de diciembre de 1851 hasta el 8 de enero de 1852, apoderándose del primer ferrocarril, de Caldera a Copiapó, y organizando el Ejército de los Libres para enfrentar al ejército regular.

La rebelión se extendió hasta la zona austral, cuando un grupo de militares de la guarnición de Magallanes se amotinó al mando del teniente José Miguel Cambiaso. Algunos sargentos del regimiento Valdivia habían sido confinados a esa zona en castigo por haber participado en el motín de Santiago del 20 de abril de 1851.

Tan importante fue esta rebelión de sectores militares opositores, que el gobierno de Montt recurrió a la escuadra inglesa para sofocar el levantamiento del teniente Cambiaso en el Estrecho de Magallanes. Fenómeno demostrativo de que durante la guerra civil hubo sectores de la joven oficialidad que se pasaron al bando popular y liberal, agudizando los roces en el seno del Ejército, hecho que ya se había producido con el general José María de la Cruz en Concepción, entonces jefe del Ejército de la Frontera; sus vacilaciones para coordinar fuerzas con los rebeldes del Norte chico suscitaron el siguiente comentario de los partidarios del general Cruz, que sabían de su parentesco con el general Bulnes: "esta es la guerra de los primos y nosotros andamos siguiendo de tontos".¹⁴

¹⁴ Boletín del Sur, N° 5, p.34.

En el levantamiento penquista participó activamente una mujer, **Rosario Ortiz**, apodada "**La Monche**"; nacida en Concepción el 10 de octubre de 1827, una de las primeras mujeres en ejercer la función de periodista junto a Ursula Binimelis; vibrante oradora e incansable defensora de los derechos del pueblo. A la cabeza de los milicianos se batió "con el fusil en la mano en la batalla de Loncomilla, logrando con su audacia y arrojo tomar prisionero a un mayor gobiernista".¹⁵ Encarcelada y perseguida después de la derrota de 1851, volverá a empuñar las armas de la revolución y a empuñar la pluma para el periódico popular de la época "El Amigo del Pueblo".

Gracias a sus valientes acciones, se le otorgó el grado de capitán del ejército revolucionario, donde instruía a los soldados como si fuera un experto veterano de guerra. Junto a Juan Alemparte, atacó Concepción disparando el primer cañonazo contra las tropas del gobierno; comentando esta actuación, el escritor Pedro Pablo Figueroa hizo un paralelo con la heroína de la Comuna de París: "Rosario Ortiz era una Luisa Michel penquista, pues estaba dotada de la misma naturaleza batalladora y de igual entusiasmo tribunicio que la poderosa y honesta propagandista contemporánea de Francia".¹⁶

Perseguida por los vencedores de siempre, "la Monche" buscó refugio solidario en las comunidades mapuches. Murió pobre y olvidada. "En el cementerio de esta ciudad (Concepción) existe una modesta tumba en que se encuentra grabado este sencillo epitafio: "Aquí descansa la Monche, vivió y murió por la libertad. Un obrero".¹⁷

A pesar de la derrota sufrida por los Matta y los Gallo en la revolución de 1851, los artesanos y campesinos volvieron a recrear en la guerra civil de 1859 nuevas formas de poder popular. Orientados por el trabajador molinero Ramón Antonio Vallejo tomaron el poder en Talca durante más de un mes, hasta ser derrotados el 22 de febrero por el ejército del gobierno de Manuel Montt, quien tuvo que mandar 21.500 soldados para aplastar el Poder Popular gestado en este temprano momento de nuestra historia.

En la zona central, el ejército de Montt tuvo que enfrentar durante cerca de cuatro meses **una guerra de guerrillas encabezada por José Miguel Carrera, hijo**, a quien hemos visto combatir en la revolución de 1851. Esta guerrilla rural, que abrió varios frentes de lucha, estuvo coordinada con

¹⁵ CARLOS OLIVER SCHNEIDER y FRANCISCO ZAPATA; **Libro de oro de la Historia de Concepción**, p.268, Concepción, 1950.

¹⁶ PEDRO P. FIGUEROA: **Historia de la Revolución Constituyente**, 1858-59, Santiago, 1889, p. 565.

¹⁷ OLIVER SCHNEIDER y ZAPATA: op.cit., p.268.

guerrillas suburbanas que operaban en varios pueblos de la región, llegando a apoderarse de ciudades como Parral y Linares. La guerra de guerrillas de la región central repercutió en el desarrollo de la guerra civil porque distrajo la acción del gobierno y obligó a descentralizar las operaciones del ejército, impidiendo que sus fuerzas se concentraran en un ataque contra el principal foco de la insurrección: el Norte chico. Táctica utilizada veinte años antes por el guerrillero Manuel Rodríguez en la lucha de liberación nacional contra el Ejército colonial, facilitando el accionar del Libertador San Martín en su histórico cruce de la cordillera de los Andes.

Durante los combates de 1859, José Miguel fue apoyado por su tía Javiera, quien inició la lucha armada en la hacienda San Miguel de Talagante, con campesinos de El Manzanar, cercano a Rancagua, siguiendo el ejemplo del amigo y compañero de su padre, Manuel Rodríguez, no sólo en cuanto al criterio sobre la composición social más óptima sino también en cuanto al campo de operaciones.

La guerrilla rural estuvo combinada con una guerrilla suburbana organizada en Curicó con la colaboración del periodista Manuel Méndez, redactor de "El Curicano", periódico de oposición libral que venía preparando el ambiente político para la insurrección desde hacía varios meses.

A la cabeza de esta guerrilla se puso José Dolores Fernandois, organizador de los campesinos de Huemul. Sus bases de operaciones fueron los montes cordilleranos cruzados por los ríos Tinguiririca y Teno, lugares tradicionales de los montoneros de la época colonial y de las guerras de la Independencia. Esta guerrilla fue derrotada en Curicó y Rancagua el 16 de febrero de 1859, acción comentada por "El Correo del Sur: "En Rancagua, a las 8 de la mañana, se ha presentado sobre esta población la montonera anunciada, capitaneada por Carrera. Una heroica resistencia de toda la guarnición los ha abatido completamente".¹⁸

La columna guerrillera, que a la sazón contaba con 400 hombres, volvió a reagruparse bajo el mando de José Miguel en Machalí, reanimados por el triunfo en la batalla de Los Loros en el Norte chico. Carrera y Fernandois atacaron nuevamente Curicó el 29 de marzo. Intentaron otro ataque a Rengo, pero fueron finalmente derrotados por el ejército gubernamental en Pichigüao el 2 de mayo, después de 4 meses de guerrillas y de persecución y fusilamientos por parte de un Ejército atravesado por rebeliones internas y desertiones de militares con tendencias liberales.

José Miguel Carrera Fontecillas logró romper el cerco y escapar del país cuando ya no había esperanzas de reconstituir las fuerzas ante la derrota de los revolucionarios en el norte y en el sur del país. Este notable político-guerrillero, heredero de la tradición de lucha de su padre y de Manuel Rodríguez, murió en Lima, olvidado por sus contemporáneos y casi

¹⁸ "El Correo del Sur", N° 1068, febrero 25 de 1859.

ignorado después por los historiadores tradicionales.¹⁹

Capítulo III

El poder "fáctico" y los militares al Parlamento

El gobierno de los decenios tuvo formas tan autoritarias y verticalistas que los senadores, incluidos los militares, eran designados por el Ejecutivo hasta la reforma de 1874, según Ricardo Donoso. Como la elección de senadores era indirecta, según la Constitución de 1833, era muy difícil que triunfara un candidato de la oposición, con excepción de los casos en que ésta tuviera la mayoría de los colegios electorales. Por eso, Barros Arana sostuvo que hasta 1874, "jamás pudo llegar al Senado un sólo candidato de la oposición".²⁰ Eso explica que los militares que fueron senadores eran de hecho nombrados por el Gobierno de turno.

Durante gran parte del siglo XIX, los militares tuvieron una importante representación en el Parlamento. Fueron **Senadores** los generales de División: José Aldunate Toro, Joaquín Prieto V., Cornelio Saavedra por Ñuble en 1885, Justo Arteaga C, por San Carlos durante la década de 1840 y Manuel Baquedano.

Ejercieron como **Diputados** los generales de División: Cornelio Saavedra en 1865, Erasmo Escala Arriagada en 1879, Arístedes Martínez C. por Coquimbo en 1876, Emilio Sotomayor B. por Castro en 1870, José Velázquez B. en 1894, Eugenio Necochea por varios períodos y el general de Brigada Pedro Lagos Marchant por Santiago en 1882.

Uno de los mejores investigadores del tema, Sergio Vergara Q., en el libro citado anteriormente, Volumen I, p.192, anota que entre 1812 y 1881 hubo 28 militares en calidad de Diputados, además de 13 altos oficiales que ocuparon el cargo de Ministros de Guerra y 7 Presidentes de la República.

Asimismo, ocuparon otros cargos políticos importantes, administrando gran parte del territorio nacional como **Intendentes** los generales José Aldunate Toro en Chiloé, Valparaíso y Coquimbo, José María Benavente y Bustamante en Coquimbo, Joaquín Prieto V. en Coquimbo (1841), José María de la Cruz en Concepción y Valparaíso (1842-43), Basilio Urrutia en

¹⁹ LUIS VITALE: **Las guerras civiles de 1851 y 1859 en Chile**, Instituto de Sociología de la Universidad de Concepción, 1971, libro dedicado a la memoria de Luciano Cruz Aguayo en el mismo año de su última despedida.

²⁰ DIEGO BARROS ARANA: **Un decenio de la Historia de Chile. 1841-1851**, Santiago, vol. 1, p. 96.

Arauco (1874), Arístides Martínez C. en Atacama (1892), Emilio Sotomayor B. en Valdivia (1875) y el coronel Martiniano Urriola en Colchagua entre 1870 y 1878.

En calidad de **Gobernadores** fueron designados los generales: Basilio Urrutia V. por Angol en 1876, Francisco Barceló B. por Combarbalá en 1873. Y como Alcalde de la Municipalidad de Iquique el Teniente Coronel Exequiel Fuentes V. en 1885.

Siete fueron Presidentes de la República. Y varios candidatos a la Presidencia, entre ellos el general Estanislao del Canto y el general Manuel Baquedano, respaldado en 1881 por el Partido Conservador, aunque tuvo que declinar su postulación por las críticas de los partidos Liberal y Radical que vislumbraron un peligro de retroceso al militarismo. El intento volvió a repetirse en 1886, cuando el Partido Conservador levantó como candidato a la presidencia al almirante Patricio Lynch para cerrarle el paso a Balmaceda.

La lista que hemos confeccionado está basada en la biografía de los militares que contiene el libro oficial del Ejército, publicado bajo Pinochet en varios volúmenes. Tantos militares en cargos de parlamentarios, intendentes y gobernadores permitieron a las Fuerzas Armadas consolidar su "poder fáctico", aprovechando estrechar vínculos con la oligarquía terrateniente y acumular riquezas, especialmente tierras en la región de la Araucanía tras la llamada "Pacificación".

Capítulo IV

Expansión de la "Frontera interior" = masacre del pueblo mapuche

La llamada "Pacificación de la Araucanía", magnificada por los pensadores oficialistas y la historiografía tradicional enmascara un hecho objetivo: la mayor masacre del pueblo mapuche cometida por el Ejército criollo durante el siglo XIX, más genocidamente masiva que la realizada por los conquistadores españoles.

El Ejército chileno consumó así una tarea que habían dejado insoluble los invasores españoles después de 3 siglos de invasión del territorio mapuche sin poder doblegar la resistencia de nuestro principal Pueblo Originario. Dicha tarea tomó a mediados del siglo XIX el nombre de expansión de la "frontera Interior", cuyo nombre ponemos entre comillas pues los Estados sólo conocen la necesidad de defender la única frontera que puede ponerlos en peligro: la exterior. Por consiguiente, el enemigo dejó de ser el país extranjero que pone en cuestión los límites de la nación, sino el representado por un sector de habitantes. El

Ejército sería el encargado de aplastar a este enemigo interno.

Este proceso, que no tuvo nada de "pacífico", se inició en la década de 1860 y finalizó en 1883 por la vía de las armas, como sucedió durante esa época en Argentina con la "campaña al desierto", jefaturizada por el general Roca y en Estados Unidos con la "campaña al oeste", tan vistosamente presentada por las películas de cowboys.

A pesar de que el gobierno de O'higgins se comprometió a respetar el acuerdo firmado entre los españoles y mapuches en el Parlamento de Quilín, celebrado el 6 de enero de 1641, según el cual la zona entre el Bío-Bío y el Toltén era autónoma y perteneciente a las comunidades originarias, acuerdo ratificado el 13 de febrero de 1726 por el Parlamento de Negrete, los posteriores gobiernos republicanos violaron las propias resoluciones firmadas por el primer presidente de Chile.

En la década de 1850, el gobierno autoritario de Montt coaccionó a los mapuches a vender parte de sus tierras, como fase inicial de un plan de colonización de mayor envergadura en la zona de la "frontera": la liquidación de la posesión colectiva de la tierra y la implantación de la pequeña propiedad privada.

La respuesta mapuche en defensa de sus tierras no se hizo esperar con un noveno levantamiento general. En los anteriores (1550, 1598, 1655, 1723, 1766, 1818, 1859, 1867) habían logrado que los invasores no pasaran más allá del Bío-Bío. Pero ahora debían enfrentar un ejército reforzada y técnicamente mejor preparado luego de su experiencia victoriosa en la Guerra del Pacífico.

El 27 de febrero de 1881, unos 3.000 mapuches atacaron Traiguén, en represalia por los abusos cometidos, como decía un lonko al coronel Gregorio Urrutia: "Mira lo que han hecho conmigo, violaron y mataron a las mujeres y también asesinaron a mis hijos y ¡cómo queréis, entonces que no me subleve cuando se me trata así!. Mira coronel, preferimos morir todos con la lanza en la mano y no asesinados en nuestra casa por tus paisanos".²¹

Nuevos refuerzos permitieron al Ejército de la Frontera derrotar a los mapuches en los cerros de Ñielol, en Lumako y Temuco. Anótese que el uso en aquellos años del nombre "Ejército de la Frontera" estaba indicando que la frontera sur de Chile llegaba sólo hasta la zona mapuche, mientras que la del norte se situaba en Copiapó. En otras palabras, hasta 1880 el territorio chileno abarcaba de la provincia de Copiapó al río Bío-Bío, además de Valdivia, Osorno y Magallanes. Recién con el triunfo en la Guerra del Pacífico se ganó la región boliviana de Antofagasta y la peruana de Tarapacá, y "gracias" al despojo del territorio mapuche, nuestro país es lo que es.

²¹ Diálogo reproducido por HORACIO LARA: **Crónica de la Araucanía**, Santiago, 1889, p. 394.

El general Urrutia se dispuso a preparar la ofensiva final, que consistía en batir a los mapuches en uno de sus últimos reductos de Villarrica, mediante un plan coordinado con el Ejército argentino, que había logrado arrinconar a los puelches en Neuquén. No era la primera vez que ambos ejércitos se coaligaban para coordinar sus campañas de exterminio contra los pueblos originarios; desde la época colonial, las autoridades de Santiago y Buenos Aires alentaron este tipo de acuerdos. El gobernador de Chile, Guill y Gonzaga, en carta del 1° de mayo de 1768 planteaba al rey de España la necesidad de desarrollar "un plan sostenido de operaciones en combinación con el gobierno de Buenos Aires".

No obstante, los conquistadores españoles no pudieron doblegar durante siglos a los mapuches, que también se unían en la lucha de la resistencia con sus hermanos de allende los Andes. Durante la República, numerosos lonkos que operaban en las pampas argentinas eran de origen mapuche. Los más destacados, Juan Kalfucurá y su hijo Namuncurá, pusieron en jaque al ejército argentino entre 1850 y 1860.

Acción conjunta del Ejército chileno con el argentino para poder derrotar la resistencia mapuche

La coordinación de las tropas chilenas y argentinas se fue consolidando durante la década de 1870 con las operaciones de los argentinos Mariano Bejarano y Adolfo Alsina en la pampa, que coincidieron, no por casualidad, con la ofensiva de Cornelio Saavedra en la zona sur de Chile.

El coronel argentino Olascoaga -que había realizado con su colega chileno Cornelio Saavedra una exploración de la zona mapuche- presentó al general Julio Argentino Roca un plan de operaciones conjuntas. El argentino Estanislao Zeballos comentaba en un libro -no por azar publicado en 1878- que estaba de acuerdo con "el sistema del Coronel Saavedra para ocupar la línea del Toltén hasta Villarrica, e interrumpir la comunicación de los araucanos arribanos con los indios pampinos, con quienes estaban aliados en sus levantamientos (...) Si la cuestión de límites no fuera un estorbo, el patriotismo y el esfuerzo combinado de ambas repúblicas daría un resultado brillante y grandioso, porque mientras nosotros arrojábamos al sud del río Negro a los araucanos, Chile podía operar de acuerdo con nuestro ejército y marchar de frente del Malleco al Toltén, arrojando a los araucanos al sud de Valdivia".²²

Queda entonces claro que, por encima de las cuestiones limítrofes, los ejércitos chileno y argentino, al servicio de los intereses de sus clases dominantes, se pusieron de acuerdo para aplastar a los mapuches de ambos lados de la cordillera.

²² ESTANISLO ZEBALLOS: **La conquista de las quince mil leguas**, Buenos Aires, 1878.

Mientras el ejército argentino ocupaba toda la pampa hasta Río Negro, los generales chilenos tomaban Villarrica en la operación conjunta de 1883, aplastando la resistencia que habían tenazmente sostenido los mapuches durante siglos.

Capítulo V

Balmaceda y la traición de los generales

La oposición estuvo integrada por los sectores mayoritarios de la burguesía comercial, minera, financiera, terrateniente y por la avanzada del capital monopólico inglés en Chile: los salitreros y las casas comerciales británicas, especialmente de Valparaíso.

Los ataques a Balmaceda arreciaron cuando éste anunció en 1889 oficialmente su política salitrera, que consistía básicamente en impedir que el capital inglés continuara apoderándose de la principal riqueza nacional. Con el fin de quebrar el monopolio que ejercían los capitales británicos en el salitre, propuso la formación de compañías salitreras nacionales, cuyas acciones fueran intransferibles a empresas extranjeras.

Esta política no significaba en absoluto la nacionalización del salitre, como han sostenido algunos autores, sino un intento progresista, para aquella época, de preservar esa riqueza nacional para los capitales chilenos. Es sabido que la nacionalización de cualquier actividad económica importante significa la expropiación de compañías extranjeras. La verdad es que Balmaceda no planteó en ningún momento la expropiación de las compañías británicas. Tampoco estaba en sus planes la necesidad de que el Estado se hiciera cargo de la explotación salitrera, ni siquiera de aquellas estacas que aún quedaban en manos del Fisco.

De todos modos, su decisión de impedir que los extranjeros tuvieran derecho a subastar las salitreras de propiedad del Estado, afectó los planes del capital monopólico británico, que aspiraba a apoderarse de la totalidad de esta riqueza nacional, pues en 1889 ya controlaba el 70% de las oficinas salitreras.

El proyecto nacionalista de Balmaceda no estaba limitado al salitre sino que también planteaba la nacionalización de los Ferrocarriles de Tarapacá, Antofagas y Atacama; también la creación de un Banco del Estado, que no alcanzó a concretar en 1891, meses antes del estallido de la guerra civil.

La política nacionalista de Balmaceda suscitó una enconada crítica de los diarios pro-ingleses, como el "Chilean Times,

editado en Valparaíso por los residentes británicos. Por su parte, "El Mercurio" del 25 de marzo de de 1889 expresaba que los planteamientos del Presidente "han contrariado los propósitos de Mr. North en relación a Tarapacá y sus importantes industrias". Tanta era la riqueza de Mr. que se lo conocía como "el rey del salitre".

Los sectores mayoritarios de la burguesía criolla combatieron a Balmaceda por haber desencadenado una crisis que ponía en peligro no sólo sus negocios coyunturales sino también sus intereses generales como clase dependiente de la metrópoli. Al salir en defensa de los salitreros ingleses, esta Burguesía - que tenía de todo, menos de nacional- estaba preservando su política de alianzas establecida con el capitalismo británico desde los comienzos de la República; es decir, sus relaciones de dependencia económica.

Estrategia y Táctica de la oposición

Su primer paso fue crear un clima de agitación que obligara a Balmaceda a **presentar su renuncia al cargo de presidente**. Luego, ante la decisión de mantenerse en la presidencia, la oposición resolvió a fines de 1890 declarar la **ilegitimidad** del gobierno y preparar las condiciones para un **golpe de estado**. Fracasadas las gestiones para lograr en ese instante la adhesión del Ejército, la oposición burguesa, con el apoyo del capital monopólico inglés y de la Marina, se decidió a jugar la última carta. **la guerra civil**.

La oposición utilizó varias tácticas durante 1890 para provocar el colapso del gobierno: acciones parlamentarias destinadas a producir crisis ministeriales y a obstruir los proyectos gubernamentales; operaciones extraparlamentarias, que iban de la agitación callejera y actos de sabotaje y terrorismo hasta la organización de "guardias blancas" y comités clandestinos para-militares; campañas del terror y de pánico financiero para provocar el caos económico. Sus líderes formaban parte del llamado "cuadrilátero", bloque opositor constituido por conservadores, monttvaristas, nacionales y un sector de radicales y liberales.

La insistencia en la "ilegitimidad" del gobierno y en su carácter "dictatorial" fueron las consignas claves agitadas para justificar el golpe de estado, "en nombre de la Constitución y las Leyes". Al principio, el Parlamento fue el epicentro de la reacción, provocando la caída de ministerios y saboteando la aprobación de la Ley de Contribuciones y el Presupuesto General de la República para 1891 con el objeto de dejar sin financiamiento los planes del gobierno.

En respuesta a una alusión sobre la renuncia de O'Higgins, hecha por un miembro de la oposición, Balmaceda expresó enfáticamente: "O'Higgins fue víctima de los aristócratas".

La oposición también utilizó al clero para realizar una campaña de terrorismo ideológico, cruzada en la que tomaron parte activa las mujeres de la alta burguesía, incitadas por los

curas, acusando a Balmaceda de enemigo "endemoniado" de la religión católica. Mientras el Arzobispo Mariano Casanova buscaba una fórmula de conciliación sobre la base de la capitulación de Balmaceda, los curas se convirtieron en activistas de los planes sediciosos derechistas, sirviendo de enlace entre los dirigentes de la oposición, utilizando el púlpito para estimular la propaganda antigubernista y alentando el fanatismo contra el gobierno "ateo e infiel" de Balmaceda, propiciador desde su juventud de las Leyes sobre Cementerios laicos y abolición del fuero eclesiástico.

Paralelamente, se realizó una labor de zapa en las Fuerzas Armadas. El coronel Estanislao del Canto fue uno de los promotores de la deliberación política en los cuarteles y el general Manuel Baquedano presidió varios mitines procurando arrastrar a sus compañeros de armas a desobedecer al gobierno.

El 9 de diciembre de 1890, El Mercurio golpeaba a las puertas de los cuarteles: "el Ejército es símbolo del orden y de la fuerza. Compárese ahora esta misión del Ejército con la que tendría que desempeñar siendo instrumento de una dictadura, y se verá cómo tenemos razón para decir que el señor Balmaceda, reservándose esta última, pretende degradarlo. De custodio y defensor de las instituciones pasaría a ser el destructor de la legalidad". Catorce días después, El Mercurio llamaba desembozadamente al derrocamiento del presidente legítimamente elegido: "será lícito resistirse hasta someterlo a la ley, y si no se somete, hasta despojarlo del poder".

La Prensa, mayoritariamente en manos de la oposición, además de El Mercurio, El Ferrocarril, La Libertad Electoral, El Estandarte Católico, La Patria y la Unión de Valparaíso, hacía abiertos llamados a la rebelión, incluyendo dibujos presentando a Balmaceda como un dictador o un loco encerrado con sus ministros en el Hospicio.

La oposición civil-ya militarizada en su accionar- hizo reiterados intentos de Golpe de Estado antes de decidirse por la guerra civil. Para triunfar en la conspiración no le bastaba el apoyo que había conseguido en la Marina -tradicionalmente proinglesa- sino que necesitaba conseguir la participación activa de los sectores mayoritarios del Ejército. Los proyectos golpistas estuvieron a punto de concretarse cuando el general Baquedano aceptó en principio dar un golpe militar siempre que "se contara por lo menos con la adhesión de dos cuerpos de ejército", según afirmaba A. Edwards.²³

La falta de apoyo del Ejército -que en ese momento aún respaldaba a Balmaceda- frustró la tentativa golpista del general Manuel Baquedano. No obstante, la oposición siguió su tarea de dividir a las Fuerzas Armadas, centrando sus ataques contra altos oficiales, como Velázquez, Barbosa y otros, que permanecían fieles a Balmaceda, y adulando a militares como Del Canto y Urrutia, que se habían manifestado partidarios del derrocamiento del gobierno.

²³ ALFREDO EDWARDS BARROS: **Balmaceda**, Santiago, 1936, p.76.

Un enfrentamiento callejero, acaecido el 1° de enero de 1891, entre el opositor Julio Zegers y el teniente coronel Belisario Campos, quien fue derribado de un bastonazo por Ladislao Errázuriz, frustró el Golpe de Estado que preparaba Enrique Valdés Vergara, cuyo plan consistía en entrar con un piquete armado a La Moneda para capturar al presidente.

Comentando estos acontecimientos y, en particular, la negativa del Congreso a aprobar la Ley de Presupuesto Nacional, Balmaceda manifestó en enero de 1891, en carta a Joaquín Villarino, Intendente de Valparaíso: "El congreso es un haz de corrompidos. Hay un grupo a quien trabaja el oro extranjero. La oligarquía lo ha corrompido todo".

A esta altura del proceso, Balmaceda contaba con el apoyo de un reducido grupo de liberales, de profesores y artesanos orientados por el Partido Democrático, como asimismo de intelectuales de la talla de José Toribio Medina, el poeta Eduardo de la Barra, el pintor Valenzuela Palma, el dibujante Juan Rafael Allende y el escritor Miguel Blanco. Había perdido el apoyo de los trabajadores mineros cuando su gobierno reprimió a los participantes en la Huelga de 1890, que abarcó de Arica a Concepción, la primera Huelga General escalonada de Chile y también de América Latina. Los trabajadores no se sintieron comprometidos en la disputa entre el gobierno y el parlamento porque se les encubrió el verdadero problema que estaba en juego. Observaron este conflicto como una pelea entre patrones, como decía Fanor Velasco en su "Diario" de 1891: "¿Qué sabe el pueblo del conflicto de las facultades entre el congreso y el president?. Estas son historias de los futres, dicen los artesanos y rotos".²⁴

Los historiadores tradicionales han insistido en que la causa de la Guerra Civil de 1891 fue el conflicto entre el Ejecutivo y el Parlamento. Al contrario, los documentos y comentarios de testigos de la época demuestran que la causa de fondo fue la crisis de las relaciones de dependencia con la metrópolis inglesa generada por la política nacionalista de Balmaceda. La decisión del Presidente de aprobar, al margen del congreso, el Presupuesto para 1891 fue utilizada como pretexto formal para justificar, en nombre de la Constitución, el comienzo de la rebelión armada, llamada "guerra constitucional".

La traición de los militares

Los primeros en desobedecer al Presidente y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas -según la Constitución de 1833, con todas sus modificaciones aprobadas hasta 1890- fueron los oficiales de la Marina, encabezados por el Capitán de Navío Jorge Montt, quien decidió -con un criterio político militar moderno- apoderarse del principal centro económico del país: la región salitrera.

²⁴ FANOR VELASCO: **La revolución de 1891**, Memorias, Santiago, 1925, p. 303.

En menos de 4 meses, los "constitucionalistas" se apoderaron de las provincias de Tarapacá, Antofagasta y Atacama, tras los combates de Huara, San Francisco y Pozo Almonte. Estas operaciones, que culminaron en la formación de una Junta de Gobierno con asiento en Iquique, estaban coordinadas con acciones terroristas en la zona central y sur. Los comandos derechistas no alcanzaron a tomar ninguna provincia, pero lograron el objetivo táctico de distraer las fuerzas gubernamentales; cortaron vías férreas y telegráficas, volaron decenas de puentes, llegando a lanzar bombas contra las oficinas de la Moneda.

Mientras tanto, Balmaceda procuraba consolidar su base fundamental, el Ejército, otorgándole un nuevo aumento de sueldos. Pero fue traicionado por un hombre clave: el general Körner, otrora favorecido por el gobierno al ser contratado desde Alemania para encargarse de la reestructuración y modernización del Ejército chileno. Körner desertó del ejército balmacedista para adiestrar a las tropas coludidas con la marina.

También jugaron el papel de traidores los oficiales que sabotearon el viaje de tropas desde Concepción y otras provincias, ordenado por Balmaceda, para concentrarse en la zona central con el objetivo de enfrentar los eventuales ataques de la Marina. Este hecho explica que Balmaceda dispusiera de un menor poder de fuego para contrarrestar el desembarco de los insubordinados de la Marina en los combates de Concón y La Placilla. Comentaristas europeos quedaron absortos cuando supieron de las derrotas de Balmaceda, pues no querían creer que un gobierno que controlaba mayoritariamente el ejército, fuera vencido de manera tan aplastante. La explicación residía en que Balmaceda fue traicionado no sólo por los oficiales de la Marina sino por un sector de integrantes del Ejército.

Los militares leales a Balmaceda, hasta el final, fueron los generales José Velázquez, Orozimbo Barbosa y otros altos oficiales como Caupolicán Villota, Belisario Campos, José Miguel Alcérreca y otros que prefirieron mantenerse en el anonimato para no sufrir la feroz represión de los "constitucionalistas". Otros tuvieron que cambiarse de apellido.

Balmaceda tuvo que refugiarse en la Legación de Argentina, donde se suicidó de un balazo el 19 de septiembre, día de la finalización de su mandato presidencial.²⁵ En su Testamento político entregó algunas luces, denunciando a los militares que lo traicionaron, además de justificar su acción gubernamental, visualizando con certeza el alcance reaccionario de la política que iban a aplicar sus vencedores. Es de esperar que algún día se dé a conocer el texto completo del Testamento de Balmaceda, que está depositado en la caja fuerte del Archivo Nacional, hecho que me consta pues me fue mostrado a mediados de 1973.

Por si quedara alguna duda sobre quienes estuvieron detrás

²⁵ LUIS VITALE y JUANITA GALLARDO: **Balmaceda, los últimos días**, Ed. CESOC, Santiago, 1991.

del derrocamiento de Balmaceda, reproducimos un editorial de la connotada publicación británica "The Economist", poco después de la caída de Balmaceda: las compañías salitreras "se recuperaron bruscamente desde la noticia de la caída de Balmaceda, como podría haberse anticipado. Si Balmaceda hubiera ganado, habría surgido la cuestión acerca de las entradas del salitre pagadas al Banco del Congreso y Balmaceda no hubiera tenido ningún escrúpulo en sus exacciones. La duda ahora está esclarecida. Las compañías salitreras tienen grandes razones para alegrarse que la lucha haya terminado".²⁶

Otro desenlace, no menor, de la guerra civil de 1891 -que fue la más cruenta de la historia de Chile pues culminó con la muerte de 10.000 personas- fue el ascenso al gobierno de un militar, el almirante Jorge Montt, otro en la larga lista de militares presidentes de nuestro país.

Este nuevo "héroe" de los campos de batalla, ostentaba la "gloria" de haber aplastado el proyecto nacionalista más importante de la historia de Chile del siglo XIX, después de la Revolución por la Independencia. Un proyecto destinado a frenar el proceso de colonización del país, que se había agudizado desde la década de 1880 con el despojo de nuestra riqueza salitrera por el capital monopólico inglés. Como corolario de la guerra, la caída de Balmaceda aceleró la conversión de Chile en semicolonias inglesa, cerrando una fase de la Dependencia de nuestro país y abriendo una nueva.

Capítulo VI

LAS LOGIAS MILITARES Y EL CONATO DE GOLPE

DE LOS GENERALES ARMSTRONG Y MOORE EN 1919

La guerra civil de 1891, dejó profundas contradicciones en el Ejército. Los oficiales balmacedistas, junto con civiles, organizaron varios complotos en 1892 y 1893. El grupo militar -dirigido por el teniente Alberto Abos-Padilla, el coronel Nicanor Donoso, el cirujano militar Diego Bahamondes, los capitanes Luis Leclerc, Herminio Euth, José Domingo Briceño y Edmundo Pinto-estaban en combinación con civiles, como los hermanos Manuel y Emilio Rodríguez, Virgilio Talquino y especialmente Anselmo Blanlot, que en 1888 había sido elegido diputado balmacedista. "La juventud balmacedista idolatraba a Blanlot por su arrojo,

²⁶ "The Economist", citado por CRISOSTOMO PIZARRO: **La revolución de 1891**, Ed. Universitaria de Valparaíso, Santiago, 1971, p. 63-64.

desinterés personal y elocuencia"²⁷

El plan de operaciones, iniciado el 11 de septiembre de 1892, consistía en atacar simultáneamente varios cuarteles y puntos estratégicos, como La Moneda y la casa del general Körner. Pero el complot fue descubierto. No obstante, los balmacedistas más "duros" siguieron complotando en 1893; en abril hubo tiroteos en la Plaza de Armas. Cierta adhesión tuvieron, ya que el gobierno decretó el Estado de Sitio en cuatro provincias: Santiago, Valparaíso, O'Higgins y Aconcagua, de abril a octubre. Los presos políticos llegaron a 63, de los cuales 41 eran ex-militares. El 1° de febrero de 1894, un mes antes de las elecciones parlamentarias, un grupo de balmacedistas preparó otro complot, financiado por Pedro Felipe Alzérreca, hermano del general que apoyó hasta el final a Balmaceda, pero prontamente fue abortado.

El aplastamiento de los últimos militares balmacedistas permitió consolidar transitoriamente la unidad de las Fuerzas Armadas. No por azar el Presidente designado a la caída de Balmaceda fue un militar, el almirante Jorge Montt (1891-96). Si bien es cierto que representaba a la mayoría de los partidos políticos, el hecho de que el Poder Ejecutivo quedara en manos de un militar prueba el alto grado de intervención de las Fuerzas Armadas en la política chilena. Una de las primeras medidas de Jorge Montt fue acelerar la profesionalización de las dos ramas militares: Marina y Ejército²⁸, para lo cual elevó su presupuesto a unos 15 millones de pesos. La compra de armamento se hacía al país que inspiró el proceso de "pusianización" de las Fuerzas Armadas chilenas, simbolizado por el general Körner, genio y figura de los cascos de acero en punta, que impuso como obligatorio el idioma alemán en los altos y medios mandos militares. Al carecer de una industria pesada, el Estado chileno acentuó su dependencia tecnológica de Inglaterra y Alemania para la importación de armamento²⁹. Chile, país exclusivamente exportador de materias primas, era dependiente no sólo en cuanto a la compra de artículos manufacturados sino también en la importación de tecnología militar.

La profesionalización facilitó la incorporación de algunos sectores medios, especialmente al Ejército, en contraste con la Marina que acogía básicamente a los hijos de la alta y mediana burguesía. Al respecto, Arturo Aldunate Phillips comentaba en **Ruido de sables**: "Gozan los oficiales (de la Marina) de prestigio y sus modalidades británicas les permiten mantener y entroncarse

²⁷GONZALO VIAL: **Historia de Chile**...op. cit., tomo XII, p. 1895.

²⁸IDALICIO TELLEZ (general): **Historia Militar de Chile**, Santiago, 1925, CARLOS LOPEZU: **Historia de la Marina en Chile**, Santiago, 1935 y ESTADO MAYOR DEL EJERCITO: **Historia Militar de Chile**, Santiago, 1909.

²⁹FEDERICK M. MUNN: **Civil Military Relation in Chile**, 1891-1938, University of México, ciudad de México, 1963.

con los mejores medios sociales".

La ley de Servicio Militar Obligatorio, dictada el 5 de septiembre de 1900, reforzó el presupuesto y el número de oficiales y suboficiales, particularmente del Ejército, que sobrepasaban los 10.000 hombres en 1920, aunque su cantidad fluctuaba según la agudización o aquietamiento de los conflictos limítrofes con Argentina, Perú y Bolivia. En 1906 hubo una reorganización del Ejército, liderado por Körner y Boonen, hecho que acentuó la profesionalización, aunque -dice Carlos Saéz- "burocráticamente recargada".³⁰

Una cuestión relevante fue el surgimiento de lo que posteriormente se llamará Doctrina de Seguridad Nacional, no sólo para enfrentar enemigos externos sino internos. Lo dice un historiador, no precisamente de izquierda, Gonzalo Vial: "...los primeros esbozos de una doctrina militar sobre el papel correspondiente a las Fuerzas Armadas en -citamos Boonen- el desarrollo y progreso del país (...). Aquél (Boonen) definió el gasto militar como "la prima de seguro que la nación se paga así misma", para garantizar su seguridad externa e interna (...) Para Díaz también la acción militar visaba a la vez la seguridad internacional -"los probables o posibles contendores" externos- y la interior: "los rebeldes del Estado".³¹

Desde aquella época se podrían rastrear los primeros antecedentes de lo que medio siglo más tarde va a constituir la llamada Doctrina de Seguridad Nacional, es decir, la represión contra "el enemigo interno", que cuestiona la "sagrada" propiedad privada de los grandes medios de producción. Por ejemplo, la Ley de Residencia para los extranjeros fue una de las primeras expresiones de esa Doctrina, pues expulsó del país a los anarquistas y socialistas europeos por sus ideas y acciones en favor de la clase trabajadora chilena.

Las Fuerzas Armadas -dice Hernán Ramírez Necochea- quedaron "insertas en el esquema de la lucha de clases y situada en la barricada de las clases dominantes; por esto no fueron ni pudieron ser neutrales frente al conflicto social. Se les inculcó un ideario en gran medida tradicionalista, impregnado de cierto elemental, vacío y declamatorio nacionalismo. Esto es, se trató de inmunizarlas contra cualquier receptividad o simpatía a doctrinas consideradas subversivas, dañinas para el "orden natural" de las cosas y a las que se descalificaba como exóticas y contrarias a las tradiciones nacionales. De ahí que nunca en el espíritu de su jefe militar -de cualquier rango- hubiera animado ideas contrarias a las concepciones esenciales sustentadas por las clases dirigentes o hubieran puesto en tela de juicio el orden económico social vigente. Muy fácilmente ese ideario podía servir de base a concepciones ultra-conservadoras

³⁰CARLOS SAEZ M.: **Reuerdos de un soldado**, Santiago, 1935, t.I, p.29.

³¹GONZALO VIAL: **La Historia de Chile**, op. cit., tomo IX, p. 1468.

y a la adopción de criterios y aún de conductas esencialmente antidemocráticas; bastaba sólo con que hubiera adecuados estímulos extra-militares para que esto sucediera".³²

Una legislación sobre zonas de emergencia autorizó en la década de 1910 a los militares a ejercer funciones de gobierno y de hecho a inmiscuirse directamente en política, en otra manifestación más de la embrionaria Doctrina de Seguridad Nacional. Para ello, se crearon unidades militares en las provincias del país, especialmente en aquellas en donde se daban mayores conflictos sociales. Los altos oficiales de estas unidades reforzaron así sus relaciones con los terratenientes y grandes comerciantes del interior. No faltó, por supuesto, más de algún casamiento entre estos oficiales y las hijas de los dueños de fundo.

La reglamentación sobre ascenso, previa aprobación del Congreso, estrechó -y a veces agrietó- la relación entre los partidos políticos mayoritarios y las Fuerzas Armadas, dando lugar a una serie de componendas y favoritismos y, en algunos casos, a la discriminación de ciertos oficiales por razones políticas. El general Juan Bennett reconoció en su libro "La revolución del 5 de septiembre de 1924" que "se había convertido en hábito y no llamaba la atención de que senadores y diputados solicitaran a sus colegas y al mismo tiempo del Ministerio de Guerra, tanto para que ayudaran en algunos ascensos, como para que les designaran oficiales en algunas guarniciones que correspondían a sus representaciones políticas". Es sugerente que un país, que se proclamaba civilista, fortaleciera tanto el desarrollo de las Fuerzas Armadas, asignándoles más del 20% del Presupuesto Nacional.

Es la época en que se incrementa el ingreso de los oficiales a las logias masónicas, centros importantes de discusión y formación política, más ostensibles en Chile que en otros países de América Latina. Otros militares siguieron estrechando relaciones con la alta jerarquía de la Iglesia Católica. El general Arturo Miranda decía en su libro **La Revolución de Septiembre**: "cuando yo egresé de la Escuela Militar se calificaba a los oficiales de conservadores y liberales. Más adelante, cuando muchos oficiales y marinos ingresaron a la masonería, pasaron a designárseles como radicales".

Este fenómeno es coetáneo con la emergencia de las capas medias, que aspiraban a una mayor participación política y a una mejor redistribución de la renta nacional. Algunas familias dejaron entrever nuevas expectativas enviando a sus hijos a las Escuelas Militar y Naval. "La movilización de las capas medias - sostiene Fernando Mires- activa la movilidad política al interior de las Fuerzas Armadas, por lo menos en dos sentidos. Uno, que al comenzar ellas a plantear peticiones de carácter económico invitan a las fuerzas Armadas, a través del

³²HERNAN RAMIREZ N.: **Las Fuerzas Armadas y la política en Chile**, Ed. Cultura, Casa de Chile en México, septiembre 1984, p. 66.

seguimiento del ejemplo, a la competencia por la percepción de ingresos. Dos, que la profesionalización militar se complementa con la entrada a los cuarteles de muchos miembros de las capas medias, produciéndose también cierta manifestación de profesionales al interior de las fuerzas Armadas".³³ El general Carlos Sáez, en su libro **Recuerdos de un Soldado**, cuenta que su ingreso a la carrera militar estuvo motivada por la difícil situación en que quedó su familia a la muerte de su padre. Pero lo más corriente era que los hijos de los militares se hicieran militares. Se estima, dice Ramírez Necochea, que en la Marina entre el 20 y 25% de los oficiales son hijos de marinos, constituyéndose así "familias de militares".³⁴

Los integrantes de las Fuerzas Armadas usufructuaron de Becas y viajes al exterior, desde donde traían automóviles y artículos suntuarios. Se fue generando un submundo militar con clubes especiales, hospitales, almacenes, estadios y poblaciones reservadas sólo para ellos.

De este modo, las Fuerzas Armadas se transformaron en un nuevo estamento corporativo de poder, con intereses propios, consolidando nexos con otros estamentos, como la Iglesia, la Sociedad Nacional de Agricultura y la Sociedad de fomento Fabril. Aunque muchas de estas corporaciones no alcanzaron a desarrollar en Chile un régimen político corporativista, no puede minimizarse el peso social y político de ellas, que se expresaba en el "poder fáctico".

Esta inter-relación entre las Fuerzas Armadas y fracciones de la clase dominante prueba inequívocamente que la política de los militares estaba íntimamente ligada a la de los partidos de derecha y de centro, razón por la cual, junto a Alain Joxe, estamos en desacuerdo con la afirmación de José Nun en el sentido de que los militares representaban los intereses de las capas medias.³⁵

Sectores del Ejército trataron de aprovechar el ambiente de corrupción política y de permanente crisis ministerial para justificar, en nombre de sus intereses corporativos, la intervención abierta y encubierta en política nacional.

Desde 1906 existen evidencias de oficiales descontentos con los políticos por la forma de promover los ascensos, además de su malestar por sus sueldos.

En 1907, una Liga de militares exigía que el gobierno tuviera mano dura, "que fuera más firme -recuerda el general Tobías Barros- contra los primeros anarquistas que aparecían, que así se llamaban los primeros comunistas entre nosotros. ¿Qué querían los señores de la Liga Militar? Terminar con la

³³FERNANDO MIRES: **Militars und Die Macht**, Frankfurt, 1980.

³⁴HERNAN RAMIREZ N.: **Las Fuerzas...**, op. cit.

³⁵ALAIN JOXE: **Las Fuerzas Armadas en el sistema político de Chile**, Ed. Universitaria, Santiago, 1970, p. 54.

influencia nefasta de los políticos en el Ejército, que obligaba, para llegar a los grandes cargos, tener padrinos políticos".³⁶ Similar opinión tenía el general Carlos Saéz: "Los primeros síntomas del malestar que existía en el Ejército se hicieron visibles en el año 1907,³⁷ a raíz de la Ley de ascensos que se discutía en el Congreso. Descontentos con la política del presidente Pedro Montt, que en el fondo retardaba la Ley de ascensos, un grupo de oficiales hizo presente su protesta, reuniéndose en el cerro Santa Lucía -más propiamente Huelén- con el fin de brindar por sus demandas.

La presencia, aparentemente esporádica de la **Liga Militar**, se hizo notar de nuevo en 1911 al tomar contacto con el ex-diputado Gonzalo Bulnes. "Es indiscutible -afirma Gonzalo Vial- que Bulnes se interesó por la Liga. Conversó con sus líderes, leyó sus documentos y vaciló todo el año 1911. Los "ligueros" ya estaban resueltos: daría un golpe de Estado "depurador". Propiciaban que el eminente civil lo encabezase y asumiera el Gobierno".³⁸ Pero Bulnes no se atrevió a dar, en ese momento político, un salto que probablemente caería en el vacío.

Ricardo Donoso fue uno de los primeros historiadores en señalar la existencia del golpe militar: "durante el gobierno de Barros Luco, una conspiración militar estuvo a punto de traducirse en un golpe de Estado. En enero de 1912 se elaboró el plan del golpe, según el cual un grupo de jefes y oficiales del Ejército se reuniría en el Ministerio de Guerra, mientras una delegación pasaría a la Moneda a manifestar al Presidente que desde ese momento quedaba muerto el régimen político que iba arrastrando al país a todas las crisis. El malestar exteriorizado en las filas del Ejército se extendió también a la Armada, entre cuyos oficiales se organizó secretamente una Liga Naval, con claras finalidades de renovación política y profesional. El movimiento fracasó por cuanto el hombre público en quien se había pensado para la presidencia, don Gonzalo Bulnes, declaró a la hora undécima que había resuelto no prestar su nombre para un motín".³⁹

El golpe militar, que estuvo a punto de concretarse el 18 de septiembre de 1912, con ocasión del desfile tradicional de Fiestas Patrias, fue denunciado por el coronel Luis Felipe Brieba.

El Golpe abortado de 1919.

Los militares volvieron a la carga en 1919. El 8 de mayo,

³⁶TESTIGOS DEL SIGLO XX: **Tobías Barros**, Entrevista, Ed. Aconcagua, Santiago, 1979, p. 22.

³⁷CARLOS SAEZ: **Recuerdos...** op. cit., t. I.

³⁸GONZALO VIAL: **Historia...**, op. cit., t XI, p. 42.

³⁹RICARDO DONOSO: **Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833**, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1946, p. 112 y 113.

el gobierno de Sanfuentes revelaba la existencia de un complot encabezado por los generales Guillermo R. Armstrong y Manuel Moore B. El conato de golpe de estos militares, ligados a la masonería, fue apoyado por el Partido Radical y sectores liberales. Alejandro Walker Valdés editó ese mismo año un folleto en el que señalaba: "Se ha dicho y más aún, en algunos círculos y diarios conservadores se ha afirmado que la masonería era la inspiradora del motín. Las apariencias parecían justificar esta afirmación (...) El hecho de que algunos de los principales culpables fueran masones y de que los defensores del movimiento, tanto en la Asamblea Radical como en la prensa y en el Directorio del Partido Liberal, salieran de las filas avanzadas del radicalismo, hizo creer esta especie (...) Parece comprobado también que el Ministro Quezada estaba en el secreto, y que de ahí fue que la víspera de la Fiesta del Trabajo abandonó el gobierno sin causa alguna que lo justificara (...) Estos han sido los antecedentes que hicieron despertar las sospechas de que la mano masónica anduviera en los líos revolucionarios, sospechas muy bien aprovechadas por la prensa conservadora".⁴⁰

En el conato de golpe estaban involucrados importantes sectores de la oficialidad: los mayores Bernardo Gómez Solar, José Villalobos, Ismael Carrasco (jefe del Estado Mayor de la II división); los tenientes coroneles Eugenio Vidaurre B., Luis Montt Cabrera, Manuel Lazo; los coroneles Agustín Echeverría (jefe de la II Brigada de Caballería), Carlos Hinojosa Peña y Lillo, Francisco Solís de Ovando, además del Jefe del Estado Mayor: Ambrosio Viaux. Tuvieron el apoyo de oficiales del Norte Grande (comandante Víctor Rivera, de la guarnición de Arica), de Curicó (comandante Luis Cortez), de Chillán (comandante Galvarino Andrade) y de Concepción (suboficiales del Regimiento Chacabuco).

Los conjurados se reunían en forma clandestina en Serrano 22, donde constituyeron una Junta Militar. Varios generales eran citados a la oficina del general Armstrong, entre ellos Manuel Moore, Luis Vitalicio López, Alberto Herrera y Alejandro Binimelis. Ninguno de la Marina. En esas reuniones se diseñó el plan de operaciones, que básicamente consistía en copar las guarniciones de provincias, apoderarse de Intendencias y Gobernaciones y "si el Presidente se resistía, abría necesidad de eliminarlo...".⁴¹

El gobierno de Sanfuentes "hizo juzgar por un tribunal militar, que los condenó, a varios generales y jefes que habían instituido una Junta para organizar, según ellos, un gobierno fuerte y en realidad para dirigir el país con un criterio miliciano".⁴² La Asamblea Radical de Santiago, el 14 de mayo de

⁴⁰ALEJANDRO WALKER VALDES: **¿Revolución? o la verdad sobre el motín militar de 1919**, Imprenta y Lito Selecta, Santiago, 1919.

⁴¹Ibid., p. 64.

⁴²ALBERTO CABERO: **Chile y los chilenos**, Santiago, 1926, p. 267.

1919, denunció al gobierno por haber castigado a los militares "antes de iniciar el proceso que debía establecer previamente la culpabilidad de los sindicatos como reos de incumplimiento de sus deberes militares y al dictar medidas parciales aconsejadas por el sectarismo clerical contra aquellos jefes no afiliados a las legiones del ultramontanismo".⁴³

El Mercurio fijó su posición en el artículo titulado "Ejército politiquero: se quiso arrastrar a una porción de oficiales del Ejército para subvertir las instituciones constitucionales de la República".

El programa de los militares comprometidos era una mezcla de autoritarismo con "populismo". Según los generales Armstrong y Moore, los objetivos del movimiento eran: "1) Consolidar la unión y armonía en el personal directivo de la instrucción militar. 2) Impulsar el progreso del Ejército solicitando respetuosamente de los poderes públicos el despacho de las leyes que tienden a ese fin, como ser la de reclutamiento, de ascenso, etc. 3) Impulsar el desarrollo industrial del país para obtener nuestra independencia económica y asegurar la defensa nacional abasteciéndonos con nuestros propios recursos, fundándose fábricas de elementos militares, y de toda clase de industrias que proporcionen abundante trabajo al pueblo. 4) Solicitar de los poderes públicos el despacho de las leyes que reclama la clase proletaria, a fin de hacer cesar las angustias en que vive y que afectan, además, a las tropas de dotación permanente del Ejército, a la cual hay conveniencia en sustraerla de las agitaciones populares. 5) Consolidar la disciplina militar muchas veces quebrantada por influencias políticas".⁴⁴

Como puede apreciarse, este sector militar, además de fomentar el desarrollo industrial, estaba buscando una salida para frenar el ascenso del movimiento popular, expresado en ese momento por las movilizaciones de la poderosa y combativa Asamblea Obrera de la Alimentación, que abrazaba no sólo al proletariado sino a todos los Movimientos Sociales. En síntesis, puede caracterizarse este conato de golpe de 1919 como el primer movimiento militar reformista, inspirado en el "populismo" o, mejor dicho, protopopulismo burgués, que comenzaba a surgir en otros países latinoamericanos.

No por casualidad, se pretendió involucrar en el golpe al futuro presidente Arturo Alessandri, cuyo programa se asemejaba en parte a los de este sector militar. Los postulados del grupo castrense de 1919 ejercieron influencia en la generación militar de Grove e Ibáñez, demostrando que el intenso proceso de lucha social repercutía significativamente en las filas del Ejército. Los golpes militares de la década del 20 iban a llevar a la práctica algunos de los planteamientos de los complotados de 1919, mostrando la participación creciente de las Fuerzas Armadas en la vida política nacional.

⁴³Citado por A. WALKERV.: op. cit., p. 42.

⁴⁴Ibid., p. 64.

Capítulo VII

Masacres contra "el enemigo interno"

Desde principios del siglo XX, el ejército chileno se ensañó con el "enemigo interno", es decir, los trabajadores, con una dimensión sin igual en la historia latinoamericana. Si bien es cierto que los ejércitos de Argentina, Bolivia y Perú -para mencionar sólo a los vecinos- cometieron represiones violentas y masivas, ninguno fue tan feroz ni provocó tantas muertes como el ejército chileno, que se convirtió en el gendarme necesario para las Compañías británicas del salitre.

Esta misión explica el respaldo no sólo de los inversionistas ingleses en el salitre sino también de la clase dominante criolla, que debía apoyar las arbitrariedades de su ejército a causa del acelerado proceso de Dependencia respecto de Inglaterra.

Una de las masacres se produjo en 1903 en Valparaíso, a raíz de un movimiento de protesta que agrupó acerca de 10.000 trabajadores.

Como respuesta a la represión gubernamental se desencadena un amotinamiento popular que culmina en el incendio del edificio de la Compañía Sudamericana de Vapores. "Las pobladas que recorrían las calles llegaban a 667.000 hombres (...) En la tarde continuaron los saqueos. Entre otros negocios, cayeron en poder de los amotinados una relojería, una zapatería y algunos despachos" (47)

Nuevas masacres se consumaron contra los trabajadores de **Antofagasta en 1906**, en la Plaza Colón. El pretexto fue reprimir a los obreros del salitre, portuarios y ferroviarios que estaban en huelga.

El Ejército y la Armada hicieron la represión junto con una "guardia blanca" o núcleos derechistas de carácter para-militar. Tras los primeros enfrentamientos, el Teniente Adolfo Miranda ordenó disparar. Al mismo tiempo, el crucero Blanco Encalada bombardeaba la ciudad y desembarcaba tropas de marinería. "Fueron muertos y heridos innumerables obreros".⁴⁵

⁴⁵ JULIO CESAR JOBET: **Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chileno**, ed. PLA, Santiago, 1956.

Capítulo VIII

MILITARES AL PODER:

DEL GOLPE DE SEPTIEMBRE A LA TIRANIA DE IBAÑEZ

La participación de los militares en la vida política nacional se expresó abruptamente en los golpes de Septiembre de 1924 y Enero de 1925, quebrando el mito de que las Fuerzas Armadas chilenas no intervienen en la política contingente. (1)

Los golpes militares de la década de 1920 se produjeron en una fase de crisis de conducción política de los partidos de la burguesía. El proceso de transformación del país, de semicolonias inglesa a semicolonias norteamericana, obligaba a una redefinición de la alianza de la burguesía criolla con las metrópolis.

El gobierno de Alessandri había significado el comienzo de la crisis de la tradicional alianza con el imperialismo inglés, abriendo un proceso de lucha interburguesa entre las fracciones pro-inglesas y pro-norteamericanas. Estos roces se agravaron con la derrota del partido derechista Unión Nacional en las elecciones parlamentarias de 1924.

Un político de ese período, Carlos Pinto Durán, escribió en 1925: los caudillos de la derecha "exaltados, olvidándose que mientras estaban en el poder fueron celosos partidarios del orden constituido, comenzaron a fraguar entonces la revuelta (...) la ira clerical antimasónica reforzada por el odio al presidente, y a la concupiscencia del poder que ofuscaba a los mandarines conservadores y liberales unionistas, alentó los trabajos subterráneos de la sociedad secreta la **TEA**" (2).

El golpe militar del 5 de Septiembre de 1924.

El golpe del 5 de Septiembre de 1924 fue un intento del sector proinglés para restaurar las bases de la antigua alianza, alteradas por el alessandrismo.

La Junta Militar, encabezada por la Marina y sectores del Ejército, comandados respectivamente por el almirante Francisco Neff y el general Luis Altamirano, aprovechó los roces entre el gobierno de Alessandri y el Parlamento para tomar el poder. En tres días hizo aprobar por el Congreso leyes pendientes desde hacía varios años y un reajuste de sueldos para las Fuerzas Armadas, "otorgando" un permiso constitucional a Alessandri para que se ausentara del país. Poco después, la Junta Militar disolvió el Congreso e implantó el estado de sitio.

Sin embargo, el movimiento militar no era homogéneo. En su interior, se fue gestando un ala antioligárquica, acaudillada por Marmaduke Grove y Carlos Ibañez del Campo, quienes expresaron su posición en el **Manifiesto del 11 de Septiembre**. (3)

Dicho Manifiesto fue un intento de cohesionar las Fuerzas Armadas para un proyecto no sólo de coyuntura sino prospectivo, de largo plazo. Fue una especie de "destino manifiesto", destinado a homogeneizar en una concepción unívoca a los altos y medios mandos militares, "predestinados" a cumplir la misión patriótica que le había dado la historia. Sólo así podrían estar preparados para hacerse cargo del aparato del Estado por los años que fueren necesarios. Efectivamente, gobernaron 8 años, de 1924 a 1932. Pero no se fueron o no dejaron el poder por su propia voluntad, sino que el pueblo los echó sin que hubieran "terminado la misión", como dice el Manifiesto.

El Manifiesto del 11 de Septiembre fundamentó el golpe con los siguientes argumentos: "La corrupción de la vida política de la República llevaba a nuestras instituciones a un abismo hacia el cual la propia Carta Fundamental empieza a resbalar"; es decir, intervinieron porque, según ellos, estaba en crisis la institucionalidad. Mas el pretexto clave del golpe fue: "se alzaba la inminencia de una "contienda civil", dice textualmente

el Manifiesto, un peligro inminente de guerra civil, pretexto que volvió a utilizarse casi medio siglo después.

La joven oficialidad comenzó a ligarse con los sectores que luchaban por el retorno de Alessandri, a través del Comité Obrero Nacional. Carlos Vicuña Fuentes, activo dirigente político de esa época, ha señalado que "algunos centros obreros, como el local de los ferroviarios, se transformaron en verdaderos centros de conspiración; los obreros buscando apoyo para derribar a la Junta de Gobierno Militar y llegar a la Moneda, y sus líderes con el miraje de una revolución social". (4)

El golpe del 23 de Enero de 1925.

El golpe militar del 23 de Enero de 1925, encabezado por Ibañez, desplazó del poder a los antiguos generales y almirantes ligados a la oligarquía terrateniente y al imperialismo inglés. La nueva Junta Militar, integrada por el general Pedro Pablo Dartnell, el contraalmirante Carlos Ward y los civiles Emilio Bello Codesido y Armando Jaramillo, emitió el siguiente comunicado: "Los responsables del movimiento del 5 de Septiembre acabamos de reconquistar el sentido inicial de aquel acto. La desviación maliciosa de nuestro programa, expuesto en el manifiesto del 11 de Septiembre, ha hecho necesario deponer a los jefes que traicionaron la confianza depositada en ellos (...) Contra los traidores y sus usufructuarios va dirigido el golpe actual. Demostramos con él que los oligarcas no son dueños de Chile" (6).

El significado de estos dos golpes militares fue analizado años más tarde por uno de los actores principales, el Comodoro del Aire Marmaduke Grove: "La revolución de Septiembre de 1924 fue acogida con júbilo por la derecha y aplaudida por sus prohombres. El Partido Conservador fue el usufructuario legítimo de la obra laborada en la sombra por las sociedades secretas de la Derecha llamadas La Tea y La Cabaña. Entre sus mentores estuvieron los ciudadanos Oscar Dávila, Francisco Huneeus y otros políticos unionistas(...) Los conservadores y la derecha se alborozaron con el Movimiento del general Altamirano en 1924. Para contrarrestar esta reacción interviene el 23 de Enero" (7).

El hecho coyuntural que precipitó este nuevo golpe fue la elección de Ladislao Errázuriz, como candidato presidencial con el 75% de los votos en la Convención del 8 de Enero de la conservadora Unión Nacional, que había respaldado la Junta Militar de Septiembre de 1924. Una de las primeras medidas de la Junta de Enero fue detener a Errázuriz, quien en un gesto de desprecio por la joven oficialidad llamó "roto" al aviador Marmaduke Grove. Por su lado, los sectores populares se movilizaron para exigir la vuelta de Alessandri.

Carlos Vicuña Fuentes anotaba: "Propuse entonces a los líderes convocar inmediatamente una gran reunión de gremios, a fin de organizar las fuerzas proletarias, único medio de que los militares no desrrielasen ni bastardearan la revolución con un simple cambio de figuras gubernativas. El domingo 25 de Enero a las 10 de la mañana, una gran asamblea de delegados proletarios

de la Federación Obrera y de 14 sociedades o agrupaciones libres, a las que se agregaba una nutrida concurrencia de personas destacadas del campo obrero y de los estudiantes se reunió en un modesto local de la calle Río de Janeiro y acordó apoyar incondicional y decididamente la revolución sobre la base del regreso de Alessandri y la convocación de una Asamblea Constituyente (...) Los almirantes de Valparaíso proponían una transacción pero a condición de que se eliminara a Alessandri" (8).

Los gremios amenazaron con una huelga general. Los militares permitieron el retorno de Alessandri con la condición de que el coronel Ibáñez fuera designado ministro del Interior. La nueva Junta de Gobierno tomó contacto con organizaciones sindicales, gremiales, estudiantiles y de arrendatarios con el fin de comunicarles la decisión de convocar a una Asamblea Constituyente. Algunas organizaciones, como la **FOCH**, saludaron la voluntad de la "oficialidad joven" que había levantado demandas anti-oligárquicas y promesas sociales.

El retorno de Alessandri y las masacres de Marusia y La Coruña.

En la fase final de su gobierno, Alessandri, que retornó al poder el 20 de Marzo de 1925, hizo aprobar una nueva Constitución mediante un llamado a Plebiscito, en el que votaron 134.421 ciudadanos el 30 de Agosto de 1925. Promulgada el 18 de Septiembre, esta Constitución reforzó el sistema presidencialista, eliminando ciertas prerrogativas del Parlamento. Alessandri logró también que se aprobara el impuesto a la renta y la creación del Banco Central, iniciando la fase intervencionista del Estado en la economía del país.

Poco antes de terminar su gestión, el gobierno consumó dos masacres: la de Marusia y la Coruña. Los trabajadores iniciaron en Marzo de 1925 una movilización para que se agilizará un Pliego de Peticiones que habían presentado a la Compañía, dueña de la Oficina Salitrera "Marusia", situada a pocos kilómetros de la zona precordillerana.

Mientras los ejecutivos de la empresa tramitaban lentamente las demandas de los trabajadores fue hallado muerto en plena pampa un ingeniero de origen inglés, que acostumbraba a azotar a los obreros con su fusta de domador. El acusado -un ingeniero boliviano- fue asesinado por orden de los dueños de la salitrera. El sindicato, presidido por el demócrata Domingo Soto, propuso varias medidas para evitar una nueva masacre, ya que estaba vivo el recuerdo de la matanza de San Gregorio. Algunos obreros, recogiendo esta experiencia llegaron a proponer dinamitar las vías del Ferrocarril que llevaba el salitre al puerto y movilizarse para obtener el apoyo de decenas de oficinas salitreras, especialmente las más cercanas, y de los portuarios, estibadores y ferroviarios.

Cuarenta soldados se pusieron en marcha al mando del Capitán Gilberto Troncoso, apodado "la hiena de San Gregorio". Las mujeres de los trabajadores se reunieron alrededor de los "pilonos", lugar donde lavaban la ropa, entre ellas Selva Saavedra, descendiente de Rosario Ortíz "la Monche", que en la

Revolución de 1859 había sido redactora de "El Amigo del Pueblo" y se había batido contra el Ejército del gobierno autoritario de Manuel Montt.

Los paros de advertencia fueron contestados con metralla. Un grupo de obreros enfrentó la ocupación del Campamento a dinamitazos que provocaron la muerte de varios militares, logrando apoderarse de sus armas. A tiros avanzaron hacia el polvorín de la salitrera, mientras cortaban las líneas del telégrafo y teléfono. El piquete de Troncoso se vio obligado a desocupar el Campamento. Los mineros aceleraron entonces la autodefensa convocando a Asambleas que llegaron a reunir 2.400 personas, entre obreros y familiares. Allí el presidente del Sindicato planteó la necesidad de entregar las armas y el reinicio del diálogo con la Compañía. Otros, propusieron extender el movimiento a otros Cantones y minar las vías de acceso al puerto de Iquique. Unos pocos, con un claro criterio político-militar, señalaron que la mejor salida era retirarse en masa hacia la precordillera, insurreccionando a los poblados de la región puneña. En definitiva, triunfó la moción del Presidente del Sindicato, tendiente a solicitar la mediación del párroco.

Mientras el cura negociaba con los ejecutivos de la Compañía, las ametralladoras del reforzado regimiento tabletearon su lenguaje de muerte. Cayeron cientos de obreros con sus esposas e hijos. Otros huyeron. "Años después -comenta Patricio Manns- un obrero sobreviviente narró el horror a los cineastas alemanes Heynowsky y Heinemann" (11).

La masacre de Marusia fue cometida por 300 soldados, dirigidos por el coronel alemán Pedro Schultz, educado en la escuela del general Emilio Körner. Un grupo de obreros cobró venganza, haciendo explotar paquetes de dinamita, con un saldo de 36 militares muertos y 64 heridos en medio de la noche pampina. Fue una de las primeras ocasiones que "los trabajadores opusieron la fuerza a los masacradores y se defendieron con las armas en la mano" (12)

Dos meses después, el 3 de Junio de 1925, el gobierno de Alessandri se despidió con otra masacre en La Coruña. Los trabajadores estaban en huelga porque los empresarios no cumplían los convenios firmados, ni querían abolir el sistema de "ficha-salarios" y los "vales" y menos las 8 horas de trabajo. Ciento treinta oficinas se plegaron a la huelga. Los obreros, dirigidos por Carlos Garrido, secretario del Sindicato, acordaron en asamblea ocupar la oficina "San Gregorio", creando comités que organizaron la vida del Cantón.

"Desde mediados del mes de Mayo -relataba el periódico El Arrendatario-estaban llegando fuerzas de línea a "Tarapacá y Antofagasta (...). Estas maquinaciones provocaron una huelga de 24 horas en las oficinas de Coruña, Argentina, Barrenechea, San Enrique (...). Las fuerzas represivas dispararon. En estas refriegas los partes del gobierno dijeron primero que sólo hubo 30 muertos, después el general de la Guardia manifestó que había encontrado 59. Y esto que se bombardeó con artillería las oficinas. Un testigo dice que no deben bajar de dos mil los que

perecieron en esta masacre. En algunas oficinas, como Marusia, Constanca y Santiago, donde los obreros no se sublevaron, fueron acusados de ser propagandistas de ideas avanzadas y asesinados cobardemente" (13).

Esta masacre fue ejecutada por el comandante Ascasio Rodríguez, experto en "palomear rotos" y arrastrar a los obreros a "los piques secos". Garrido fue asesinado a balazos; Barahona, dirigente del Consejo N^o 6, amarrado a un poste telefónico y atravesado por bayonetas" (14).

La Dictadura de Ibáñez

El coronel Ibáñez declaraba en noviembre de 1926: "o esperamos con los brazos cruzados el advenimiento del Soviet o se organiza un Ministerio de orden, apolítico, enérgico y fuerte". (23). Ante esta disyuntiva, la burguesía prefirió coaligarse para levantar a Ibáñez como único candidato presidencial, el cual salió elegido en mayo de 1927.

Pronto, los cuadros más promocionados de las FF.AA. se apoderaron de los principales organismos del Estado, desplazando a los políticos tradicionales. El ascenso de Ibáñez fortaleció la política de alianzas con el imperialismo yanqui, que ya había desplazado a su competidor inglés del control de las principales áreas de la economía.

Esta política económica se expresó en el endeudamiento externo, que aumentó en favor del capital norteamericano. La Misión Kemmerer implantó el padrón oro, modificaciones en el sistema de créditos y creación de la Contraloría General de la República para controlar, entre otras cosas, los impuestos a los ingresos y a los bienes raíces.

El ya ascendido a general Ibáñez utilizó una táctica bifronte en relación a los trabajadores. Por un lado, desencadenó una represión selectiva, ejecutada por el general Viaux -uno de los tantos Viaux- en contra de la vanguardia del movimiento obrero, encarcelando, persiguiendo y desterrando a los militantes más destacados de la FOCH, del PC y de la IWWW. Comunistas y Anarquistas fueron relegados a la isla Más Afuera y otras regiones apartadas, en esta tentativa de descabezamiento de las organizaciones más combativas de la clase obrera. Fueron asesinados decenas de trabajadores, entre ellos el anarquista español Casimiro Barrios, que había regresado a Chile después de su expulsión, y encarcelado el anarquista portugués Manuel Tristán López da Silva.

Estas persecuciones fueron recordadas por Arturo Alessandri en carta del 31 de marzo de 1935 a Renato Valdés Alfonso: "500 o 600 obreros vivieron mucho tiempo muriéndose de hambre y frío en el peñón desierto de Más Afuera. La leprosería de Pascua fue vivienda obligada de muchos ciudadanos inocentes (...) y todavía se sueña con dictaduras" (35)

En dicha isla estuvieron detenidos Marcos Contreras, dirigente nacional de los obreros de la Construcción y militante de la Izquierda Comunista, y Luis Vilarín, mientras que

Marmaduke Grove, Pedro León Ugalde y otros fueron confinados a la isla de Pascua, tras la irrupción del "avión rojo" en Concepción en septiembre de 1930. A pesar de la represión estallaron huelgas en los marítimos, en el cobre y en las salitreras.

Por otro lado, se inició un plan de estatización sindical o control de los sindicatos legales por intermedio de la Dirección General del Trabajo. A la caída de Ibáñez existían 250 sindicatos legales organizados en la CRAC. No obstante, no fue un gobierno fascista, como lo han calificado algunos. No todo gobierno dictatorial es fascista, aunque todo fascismo es autoritario.

En rigor, Ibáñez esbozó un proyecto corporativista, influenciado por la experiencia italiana de Mussolini, pero no alcanzó a realizarlo porque no tuvo el apoyo de la pequeña burguesía, base de sustentación social de todo régimen fascista.

En síntesis, podemos caracterizar la presidencia de Ibáñez como uno de los primeros gobiernos bonapartistas de la historia de Chile. Este bonapartismo impuso un régimen dictatorial, respaldado por la mayoría de las FF.AA. y las fracciones pronorteamericanas de la burguesía. La dictadura canceló gran parte de las libertades democráticas, reforzando el aparato represivo al crear el Cuerpo de Carabineros. Hizo elegir un parlamento incondicional, llamado "congreso termal" a raíz de su constitución en las termas de Chillán.

Las medidas de Ibáñez agudizaron los roces entre sectores militares. Grove preparó el espectacular raid del "Avión Rojo" en septiembre de 1930 con el fin de precipitar un pronunciamiento militar, cuyo coordinador era él y los generales Enrique Bravo y José María Barceló, pero fue saboteado por Alessandri, quien estaba comprometido con otro complot, dirigido por el comandante Leocadio Arcaya, que también fracasó en mayo de 1931.

Con la finalidad de buscar una salida "honrosa" a la situación, Ibáñez intentó negociar por intermedio de una comisión integrada por Emilio Bello Codesido y el historiador Francisco Encina. Pero ya era tarde para frenar el descontento popular; el 22 de julio de 1931 estalló la huelga estudiantil con ocupación de la Universidad de Chile, dirigida por el grupo "Avance". Los profesionales, encabezados por los médicos, llamaron a una huelga general de protesta por la muerte del profesor Hugo Zañartu.

El 24 de julio, carabineros mataron al joven Jaime Pinto. Miles de personas se lanzaron a las calles. El general Bartolomé Blanche emplazó ametralladoras, comenzando una batatalla campal en el centro de Santiago.

Clotario Blest recordaba años después: "A cualquier parte que entraran los militares, la gente se iba. Entraban al teatro y la gente se salía; se subían a un tranvía, se bajaba la gente (...) cuando cayó Ibáñez, los carabineros se escondieron un mes". (41).

El tirano fue derrocado el 26 de julio de 1931 por un frente político masivo pero heterogéneo. Este frente antidictatorial, compuesto por sectores burgueses, capas medias y trabajadores, pronto entrará en crisis, abriendo un período de inestabilidad, donde los militares volverán a intervenir activamente en la vida política nacional.

Capítulo IX

LA REBELION de los MARINEROS

Las repercusiones de la crisis mundial de 1929-30, en particular los 200.000 cesantes y miles de "ollas comunes", agudizaron las fricciones interburguesas, alcanzando las filas de las FF.AA. En septiembre de 1931 estalló la rebelión de la marina. El Vicepresidente Manuel Truco, que había reemplazado a Juan Esteban Montero, redujo en un 30% los sueldos de los empleados públicos y en un 10% los de las FF.AA., que pronto manifestaron su protesta.

El 1° de septiembre de 1931 se inició la rebelión de 5.000 marineros. Los tripulantes del acorazado Almirante Latorre, surto en la bahía de Coquimbo, se sublevaron tomando prisioneros a los oficiales. El suboficial Ernesto González, jefe del levantamiento, hizo saber al gobierno que la marinería daba un plazo de 48 horas para la derogación del decreto que rebajaba los sueldos, al mismo tiempo que exigía un empréstito forzoso a la burguesía y la expansión de Obras Públicas para absorber la cesantía.

Sectores militares y de carabineros empezaron también a rebelarse en Valparaíso, mientras en el regimiento Maipo corría una lista encabezada por varios suboficiales apoyando la revuelta, hecho que obligó al gobierno a enviar tropas de la Escuela de Infantería de San Bernardo. Los rebeldes se rindieron, después de un tiroteo en el que murió el soldado del Maipo, Reinaldo Quintana.

Tres días antes se había rebelado la base naval de Quintero, respaldando a los marineros de Coquimbo. El levantamiento de Quintero fue aplastado por el regimiento de Coraceros de Viña del Mar.

Estos sucesos demuestran que la rebelión no se limitó a la marinería sino que se extendió a otros sectores de la suboficialidad del Ejército y de Carabineros, fenómeno que expresó una seria factura y enfrentamiento entre militares.

El 5 de septiembre, después de haber apresado a varios oficiales, el Comando rebelde emitió un segundo comunicado, redactado por el cabo Manuel Astica Fuentes y Augusto Zagal

Anabalón en el cual se exigía al gobierno la suspensión de la deuda externa y la subdivisión de tierras

El ministro de Hacienda, Arturo Prat Carvajal, responsabilizó al cabo Astica de ser el autor de la rebelión. En otro comunicado, los líderes de la rebelión agradecieron el apoyo de los trabajadores: "hemos decidido unirnos a las aspiraciones del pueblo; zarpa junto a nosotros una comisión de obreros que representa el sentir del proletariado. La lucha civil a que nos ha conducido el gobierno se transforma, en este momento, en una revolución social" (citado por WILFREDO MAYORGA en un artículo de Rev. Ercilla, 5-01-1966).

Al mismo tiempo, se producía en Talcahuano un enfrentamiento entre el ejército y la marinería, que se había sublevado al mando del suboficial Orlando Robles, del buque "Araucano". En la base naval de Talcahuano adhirieron a la rebelión el crucero Blanco Encalada y los submarinos Quidora, Fresia, Guacolda, Thompson, Simpson y O'Brien, además de los buques Orompello, Elicura, Janequeo y Chacabuco. De inmediato zarparon rumbo a Coquimbo, donde fueron bombardeados y ametrallados en varias oportunidades por aviones. El 8 de septiembre la flota del sur regresó a Talcahuano, donde tuvo que rendirse ante los ataques del ejército. Murieron 20 marineros y otros 51 fueron condenados a penas máximas de 20 años, inclusive hasta penas de muerte.

Varios factores se conjugaron para el fracaso de esta rebelión, que puede calificarse como el movimiento más importante de la suboficialidad y tropa en la historia de la marinería chilena. Los marineros empezaron a confraternizar con los trabajadores. Sin embargo, el comando de la rebelión no pudo o no quiso concretar acuerdos con las organizaciones obreras más importantes, como la FOCH y la IWW. Este error condujo al aislamiento y la pronta derrota de los rebeldes. A su vez, los dirigentes del movimiento obrero no supieron aquilatar la importancia de la rebelión de los marineros, manteniéndose a la expectativa y desperdiciando una coyuntura excepcional.

TERMINAR Cap.MASACRES

UNAS PALABRAS SOBRE REPUBLICA SOCIALIOSTA

OJO: poner NOTAS desde Militares al Poder

Capítulo X

UNA VEZ MAS: LOS MILITARES AL PODER

Sus gobiernos entre junio y octubre 1932

Es corriente hablar de los "cien días de Dávila", sumando de manera arbitraria los 89 días de su gobierno a los 12 de la República Socialista.

Una vez derrocada la "República Socialista" por un "Comité Provisional Revolucionario" -formado por el general Agustín Moreno, jefe de la Guarnición de Santiago, el Coronel Pedro Lagos, director de la Escuela de Infantería, y el Comandante Arturo Merino Benítez, de la Aviación- se constituyó una nueva Junta de Gobierno, presidida por Carlos Dávila, e integrada por Alberto Cabero y el miembro de la Junta anterior Pedro Nolasco Cárdenas. Se incorporaron también al gabinete ex-partidarios de la "República Socialista", como Arturo Puga, Luis Barriga Errázuriz y Víctor Senn.

Sectores del "ibañismo" pasaron a formar parte del gobierno, como Juan Antonio Ríos en el Ministerio del Interior, Enrique Zañartu Prieto en Hacienda, Santiago Pérez Peña en Justicia, y Carlos Soto Rengifo en Educación.

Una de las primeras medidas de Dávila fue la detención de Marmaduke Grove y de Eugenio Matte, quienes fueron desterrados a la Isla de Pascua.

El 20 de Junio se decretó Estado de Sitio, bajo Ley Marcial. "Quedó prohibido el tránsito por las calles, después de las diez de la noche, sin ir premunido de salvoconducto y a cualquier hora del día, en grupos superiores a tres personas. Los espectáculos públicos debieron cerrar a las nueve pasado meridiano y a las seis las cantinas y restaurantes. A las estaciones de radio se les prohibió entregar informaciones políticas con excepción de boletines oficiales emitidos por el Gobierno, bajo pena de confiscación de las emisoras. También entró la censura a los periódicos y a toda clase de proclamas o impresos" (2).

Alberto Cabero, en desacuerdo con la política represiva, renunció a la Junta. El coronel Pedro Lagos, llamado popularmente "el tanque Lagos", fue el promotor de la ejecución

y detención de centenares de chilenos pobres.

Un testigo de la época, Alfredo G. Bravo, dice que los días de Dávila se iniciaron con "verdaderas matanzas de pacíficos ciudadanos en las calles de Santiago, Valparaíso y otras ciudades"; Dávila "discurrió una original manera de consolidar la situación: so pretexto de represión del comunismo, puso al país bajo el imperio de la ley marcial y, luego, lanzó las tropas del Ejército y de Carabineros sobre el pueblo indefenso que se arremolinaba en las calles conmocionado, como era natural, por los sucesos del momento. Nadie sabe cuántos cayeron por este motivo; pero, lo que sí está en la conciencia de todos es que entre los derribados en las noches de los días 19 y 20 de Junio no se ha hallado hasta ahora un solo comunista (...) sin embargo, era necesario victimarlos para dos fines indispensables al nuevo gobierno: aterrorizar a las multitudes y apaciguar a la burguesía" (3).

A pesar de comprometerse a respetar la propiedad privada y la inversión de capitales, por intermedio de comunicados del gobierno, sectores de la burguesía comenzaron a complotar.

Ante la reanimación del movimiento popular, Dávila ordenó reprimir a los estudiantes que se habían tomado la Casa Central de la Universidad de Chile el 12 de Agosto, y mandó asesinar al profesor comunista Jesús Anabalón Aedo por personal de Investigaciones. Al mismo tiempo, designó al general Ibañez embajador en Argentina para mantenerlo alejado de la política contingente.

Se agudizaron, entonces, movimientos de descontento que se desarrollaban en importantes sectores de la oficialidad. En cierta forma, expresaban una demanda que procedía de la sociedad civil, de organismos sociales, gremiales y políticos, disconformes con el encarecimiento de los artículos de primera necesidad, como efecto de la repercusión de la crisis mundial.

Exigían, asimismo, el fin de las violaciones a las libertades públicas: represión, encarcelamiento, relegación de prisioneros políticos y censura de prensa.

El jefe de la Aviación, Arturo Merino Benítez, encabezó las posturas más radicalizadas en favor de las libertades ciudadanas. Entre Agosto y Septiembre de 1932 se coordinó con oficiales del Ejército y de la Marina, logrando ciertas posiciones de fuerza. Luego, le hizo llegar a Dávila un petitorio de dos puntos: primero, que cambiara el gabinete y segundo, que no se presentara como candidato a las próximas elecciones. Dávila accedió sólo al primero, pero se negó a aceptar el segundo.

En este contexto, se celebró la reunión del día 12 de Septiembre, donde Merino planteó que se debía designar gobernante "al ciudadano que los gremios y los partidos eligiesen como vicepresidente" (5). Esta moción fue rechazada por los demás jefes de las Fuerzas Armadas, quienes acordaron designar como autoridad suprema al general Blanche.

Otro militar a la presidencia

El 12 de Septiembre de 1932, los comandantes del Ejército, la Aviación y la Marina, más el jefe de Carabineros resolvieron pedirle la renuncia a Carlos Dávila. También se acordó la designación, como gobernante interino, del general en retiro Bartolomé Blanche, ministro del Interior de Dávila, con el voto disidente del jefe de la Aviación, Comodoro Arturo Merino Benítez, quien fue obligado a dimitir.

De este modo, el alto mando militar intentaba resolver la demanda por la salida de Dávila y neutralizaba -temporalmente- el malestar de la oficialidad. Sin embargo, Merino Benítez, en su calidad de jefe de la Aviación, denunció: "los jefes militares de la guarnición de Santiago y algunos almirantes han impuesto al general Blanche como gobernante", nombramiento que obedeció a "perniciosas influencias de la reacción oligárquica"; en la Aviación, "el pueblo entero de Chile, agobiado por una opresión irritante, ha querido cifrar sus esperanzas de redención y libertad" (6).

Antes de abandonar el poder, Dávila había firmado el decreto que relevaba a Merino de la jefatura de la Aviación, determinación que no fue cambiada por Blanche. Merino se acuarteló en la Escuela de Aviación del Bosque, donde fue atacado por efectivos militares en la madrugada del día 13. De ahí se trasladó con una escolta de aeronaves a la base aérea de Colina, donde también tuvo que resistir un ataque armado. Finalmente, se trasladó a Ovalle donde fue reducido y hecho prisionero en la madrugada del 15 de Septiembre.

Estos sucesos pusieron públicamente de manifiesto que la **confrontación entre militares había llegado al enfrentamiento armado.**

El nombramiento de Blanche no tuvo suficiente acogida en la sociedad civil y ni siquiera en el conjunto de los militares. El día 15 de Septiembre, los partidos Radical, Social Republicano, Liberal, Conservador y Socialista de Chile sacaron una declaración pública en la que propugnaban la organización a la brevedad de un gobierno civil, manifestándose en contra de los "movimientos de cuartel" (9).

Desde Argentina, Ibáñez anunció su retorno al país y su eventual reincorporación a la actividad política, inclusive al Ejército. Además se encargó de difamar la candidatura de Grove, señalando que si éste llegaba a la presidencia "con el apoyo de las izquierdas, su gobierno será derrocado por los conservadores. Grove sería una amenaza para la tranquilidad de todo el continente" (10).

Ante la posibilidad de que Ibáñez se presentara a las elecciones del 30 de Octubre, Barros Jarpa se adelantó con un desmentido señalando que el General regresaba al país "únicamente por asuntos particulares" (11).

Dualidad de poderes entre militares

El 27 de Septiembre de 1932, la 1ª División del Ejército, al mando del general Pedro Vignola, hizo un pronunciamiento militar, hecho insólito puesto que se trataba de regimientos que no eran de Santiago. Vignola exigió: renuncia de Blanche, entrega del poder a un civil, al presidente de la Corte Suprema; libertad electoral y retiro del Ejército de la política activa y del gobierno para recuperar el prestigio de la Institución.

La decisión de Vignola recibió el más amplio respaldo de parte de la comunidad de Antofagasta. Se constituyó un "Comité Civil", formado por todos los partidos políticos (de conservadores a comunistas); los gremios y sindicatos obreros, adhiriéndose todas las guarniciones militares del norte, de Arica a Coquimbo. (12).

En el Comité Civilista de Antofagasta participaron Benjamín Aguirre, gerente de la Cía de Cervecerías Unidas por los industriales; el Dr. Gonzalo Castro Toro por el Colegio Médico; Osvaldo Hiriart Corvalán por el Colegio de Abogados; el periodista Julio Asmussen Urrutia por los intelectuales; Edmundo Fuenzalida, director de El Industrial, por la prensa; Luis López, Alberto Chipoco y José Ramos representando a los sindicatos y a los pescadores.

El gobierno de Blanche relevó a Vignola, designando comandante de la 1ª División al general Armando Marín, quien a su arribo a Antofagasta fue apresado por civiles y luego embarcado de regreso a Santiago.

El movimiento civilista nortino se transformó rápidamente en un gobierno local autónomo, paralelo e independiente del gobierno central de la República. Organizó al conjunto de las fuerzas sociales, bajo la dirección de civiles y militares. El Comité elaboró un "Programa Civilista" que fue acogido por la totalidad de la ciudadanía antofagastina. Mantuvo el control de las comunicaciones; asumió las tareas de abastecimiento para atender a la población cesante y distribuir productos de primera necesidad; formó una guardia para la mantención del orden, que desempeñó funciones de autodefensa y vigilancia; guardia que ejecutó un acto de justicia popular al apresar a Marín y devolverlo a Santiago. En suma, se trató de una experiencia de dualidad de poderes y de desobediencia civil y militar activa que desconoció la autoridad del Presidente "de facto", general Bartolomé Blanche.

El proceso de dualidad de poderes se propagó a Concepción, donde el movimiento civilista dio pleno respaldo a los puntos planteados por los antofagastinos. Vignola se comunicó con el general Pizarro, jefe de la 3ª División del Ejército, para obligar a la guarnición de Santiago a pedirle la renuncia a Blanche. En esta ciudad, el día 2 de Octubre se realizó un gran mitin en el que participaron los partidos políticos, los gremios y otras instituciones con la consigna de restablecimiento de la constitucionalidad.

Pizarro, que se encontraba en el regimiento Chacabuco, ordenó reprimir la manifestación, pero su orden no fue acatada, siendo sacado por otros militares a punta de pistola. El

regimiento también se insubordinó, colocando nidos de ametralladoras para prevenir un posible ataque de las fuerzas del gobierno de Blanche. (13).

Ante los sucesos de Antofagasta y Concepción se reunió el alto mando de la Marina, aprobando un manifiesto que decía: "en presencia de los acontecimientos recientes, reitera y hace llegar ante la opinión del país su declaración solemne que estando en vías de restablecerse el régimen constitucional en bien de la Nación, propenderá a este establecimiento y que, en caso de ser en cualquiera forma u origen este anhelo nacional, APOYARA SI FUERE NECESARIO CON LA FUERZA DE SUS ARMAS EL IMPERIO DE LAS LEYES DE LA REPÚBLICA" (14).

¿ Otro gobierno de "facto" ?.

La exacerbación del conflicto y el aislamiento político y militar obligó a Blanche a renunciar el 2 de Octubre, entregando el mando de la nación al presidente de la Corte Suprema, Abraham Oyanedel.

Su preocupación fundamental fue velar por la realización de las elecciones del 30 de Octubre, con plenas garantías. Paralelamente cambió el alto mando del Ejército.

Mientras los uniformados se replegaban progresivamente hacia sus cuarteles, sectores civiles organizaban las "Milicias Republicanas", que se presentaron públicamente el 9 de Octubre de 1932. Cerca de dos mil jóvenes, en su mayoría reservistas, se trasladaron en tren a la hacienda "Lo Herrera", en el pueblo de Nos, con el fin de hacer entrenamiento para-militar. Esta organización habría surgido para "mantener el orden, el imperio de la ley, de la civilidad y detener en cualquier momento el avance del comunismo. En el fondo se trata de defender la patria, sus instituciones y los hogares" (16).

Las elecciones, realizadas el 30 de Octubre de 1932, dieron el triunfo a Arturo Alessandri con 184.754 sufragios, segundo fue Marmaduke Grove con 60.965 votos; el conservador Hector Rodríguez de la Sotta obtuvo 46.428; Enrique Zañartu logró 42.910 y Elías Lafertte 4.652 votos (17).

La elección de Arturo Alessandri puso término a un período de inestabilidad política. En poco más de un año, pasaron por el Ejecutivo: Pedro Opazo Letelier que gobernó un día; Juan E. Montero, del 27 de Junio al 17 de Agosto de 1931; Manuel Trucco, del 17 de Agosto al 5 de Diciembre de 1931; de nuevo Juan E. Montero, que abandonó el poder el 4 de Junio de 1932; Carlos Dávila, del 16 de Junio al 13 de Septiembre de 1932; Bartolomé Blanche, del 13 de Septiembre al 2 de Octubre, y Abraham Oyanedel del 2 de Octubre al 24 de Diciembre de 1932. (18).

Comentando esta manifiesta intervención del Poder Militar en la política, Alfredo G. Bravo, decía en 1932: "esta especie de redondilla política militar continúa en pleno funcionamiento (...) antes se habló del "turno de los partidos", aludiendo a que, uno tras otro, a cada cual le llega su momento de gobernar.

Ahora, bien podemos hablar de "turnos de regimientos" (...) Los incidentes entre los militares y civiles (...) prueban el cansancio y el odio del elemento civil por la participación de las instituciones armadas en la política del país" (19).

El interregno comprendido desde la salida de Carlos Dávila del gobierno, la asunción al poder del general Bartolomé Blanche y la posterior Vicepresidencia del magistrado Abraham Oyanedel, que culminó con la elección de Arturo Alessandri en Octubre de 1932, fue un ciclo de abierta participación de las Fuerzas Armadas en la vida política chilena. Dicho ciclo, que había comenzado en 1924, abarcó cerca de dos décadas de ejercicio del poder por parte de las Fuerzas Armadas. Por eso, podemos hablar en rigor de **poder militar directo durante 8 años** en esta fase de la historia chilena.

La intervención de los militares en gobiernos y como actores deliberantes en los asuntos públicos terminó no sólo con el descrédito de los uniformados sino que produjo una fragmentación de las instituciones castrenses, conflictos entre sus distintas ramas y descomposición de su unidad aparentemente monolítica. una Institución, que justificaba su existencia en tareas de Defensa nacional ante cualquier amenaza exterior, **se convirtió en un ejército de ocupación en su propio país.**

Capítulo XI

La campaña anti-militarista

durante el segundo gobierno de Arturo Alessandri

Después de haber gobernado los militares casi un decenio (1924-1932), sin solucionar los grandes problemas del país, se inició en 1933 una campaña antimilitarista, sin precedentes en la historia de Chile, estimulada por el propio Presidente de la República, Arturo Alessandri Palma.

Los partidos políticos, marginados del gobierno durante 8 años, se tomaron la revancha pronunciando discursos contra los militares jamás escuchados en el país: "No más cuartelazos, militares a sus cuarteles" eran los gritos de las Milicias Republicanas, integradas hasta por miembros de los partidos conservador y liberal.

Em sus memorias, Rafael Agustín Gumucio sostiene: "Personalmente me inclino a creer que la pasividad militar frente a la milicia se debió a la situación crítica que pasaron los militares por su participación en los golpes de Estado"⁴⁶.

⁴⁶ RAFAEL AGUSTIN GUMUCIO: **Apuntes de medio siglo**, ed. Chile América, CESOC, Stgo, 1994, p. 84.

Junto a los discursos y artículos antimilitaristas se implementó una organización también inédita en nuestra historia: las **Milicias Republicanas**. Con el visto bueno del gobierno, se promovieron grupos civiles armados. El Dr. Sótero del Río, presidente de la Milicia declaró entonces: "como reacción ante el cuartelazo nacieron después del 4 de junio los grupos civiles armados".⁴⁷ Al día siguiente, el propio Presidente de la Nación "autorizaba su existencia y le prestaba su apoyo", según El Mercurio del 8 de junio de 1933.

Em sus **Memorias**, Clodomiro Almeyda recuerda que "para la Derecha de entonces era legítimo y laudable que existieran cuerpos civiles armados al margen de los poderes del Estado (...) Muchos de mis compañeros del Liceo ingresaron al cuerpo de cadetes de la Milicia Republicana".⁴⁸

Los jefes de la Milicia, Eulogio Sánchez y Julio Schwagemberg, junto a Sótero del Río, reafirmaron que la Milicia Republicana "combatiría por el mantenimiento de todo gobierno que reciba investidura legítima de la voluntad popular. Enfáticamente, declararon: "Nada tenemos que ver con las Guardias Blancas, instituciones que defienden a mano armada privilegios e intereses creados". Fernando Altamirano, en calidad de segundo jefe, aclaraba en mayo de 1933: "Repudiamos el fascismo porque nuestros principios están en pugna con toda dictadura".⁴⁹

El gobierno proporcionó parte apreciable del armamento a las Milicias, ya sea por vía privada o por intermedio de los arsenales de guerra. Leonidas Bravo sostuvo años más tarde que los primeros armamentos de la Milicia Republicana "fueron adquiridos de ocasión, pero después el propio gobierno se encargó de armarla. Para ello dispuso que los arsenales de guerra entregaran al Cuerpo de Carabineros una fuerte partida de armas livianas, las que fueron entregadas a su vez al Intendente de Santiago, don Julio Bustamante, quien las puso en manos de la milicia (...) La existencia de esta organización hirió profundamente los sentimientos del Ejército."⁵⁰ Décadas más tarde, el general Tobías Barros reconoció en una entrevista que la Milicia Republicana se presentaba como enemiga del Ejército.

Tito Mundt recuerda que el Cuartel General de la Milicia estaba en la calle Catedral, al frente de la Iglesia de los Capuchinos: En la milicia formaban parte los pijes del país y parte de la clase media. El batallón más 'high' fue el Esmeralda, que recordaba al otro Esmeralda, que fue el batallón Futre de la

⁴⁷ Declaración del Presidente de la Milicia Republicana, Sótero del Río, reproducida por el "El Mercurio", 7-junio-1933.

⁴⁸ CLODOMIRO ALMEYDA: **Encuentro con mi vida**, Ed. Ornitorrinco, Santiago, 1988, p. 19 y 20.

⁴⁹ "El Mercurio", 7 de mayo de 1933, p.19.

⁵⁰ LEONIDAS BRAVO: **Lo que supo un auditor de guerra**, Ed. del Pacífico, Santiago, 1955, p. 54.

revolución de 1891".⁵¹

Un hecho impactante se produjo el 7 de mayo de 1933, cuando más de 20.000 milicianos desfilaron por el centro de Santiago ante la presencia del Presidente Alessandri, quien manifestó en esa ocasión: "El espectáculo emocionante que acabamos de presenciar disipa los pesimismos y abre ante nuestros ojos el horizonte luminoso de una nueva aurora de salvación nacional (...) Hay quienes erradamente sostienen que las Milicias Republicanas están al margen de la Constitución. Profundo y lamentable error. Tienen ellas un objetivo lícito cual es el imponer el respeto, la soberanía nacional, mantener el gobierno legalmente constituido (...) Declaro solemnemente a la faz del país que el gobierno no ve en las Milicias Republicanas ningún peligro y, por el contrario, autoriza su existencia y les presta su amparo".⁵²

Conclusivamente, podemos decir que las Milicias Republicanas jugaron y papel relevante, pues mostraron **la fuerza de la Sociedad civil** frente al tradicional y autoritario poder de las Fuerzas Armadas, que durante cerca de una década se había apropiado verticalmente del poder.

En una de las mejores investigaciones realizadas sobre este tema, Verónica Valdivia sostiene: "La existencia de esta milicia armada bajo un régimen civil se enmarca dentro de un período de redemocratización (...) Desde el punto de vista de la recuperación del régimen civil, el principal efecto de la República Socialista fue, en última instancia, definir y consolidar el cambio en las relaciones de poder entre las fuerzas armadas -dueñas de las armas- y los civiles (...) una respuesta civil autónoma en relación al carácter que asume el uso monopólico de la fuerza. La Milicia Republicana objetó esto último, elaborando una propia frente a las fuerzas armadas".⁵³

Sin embargo, el liderazgo de las Milicias Republicanas tenía una ideología que expresaba la aspiración de todos los partidos burgueses, del Conservador al Radical, en el sentido de terminar con el control del Estado por parte de los militares, contradicción intra-clase que empezó a ser superada momentáneamente gracias a la movilización de las Milicias Republicanas.

⁵¹ TITO MUNDT: **Las banderas olvidadas**, Ed. Orbe, Santiago, 1965, p. 60.

⁵² Album conmemorativo del 7 de mayo de 1933, citado por MARIANA AYLWIN e IGNACIO ALAMOS: **Los militares en la época de Arturo Alessandri P.**, en CLAUDIO ORREGO y otros: **7 ensayos sobre Arturo Alessandri P.**, Ed. ICHECH, Santiago, 1979, p. 379.

⁵³ VERONICA VALDIVIA ORTIZ de ZARATE: **Las Milicias Republicanas. Los civiles en armas 1932-36**, Ed. Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1992, p. 12-13.

Cuando el gobierno y los partidos consideraron que las Milicias habían cumplido la tarea, decidieron desprenderse de ella. Verónica Valdivia apunta con agudeza: "con el control total del poder, Alessandri pudo insertarse en el juego democrático, sin necesidad de mantener una guardia militarizada que tendió a no encajar en el nuevo marco, poniéndose en duda su legitimidad para usar la violencia. Las fuerzas armadas recuperaron su monopolio sobre ella. Salas Romo no decretaría la muerte definitiva de la milicia, pero entorpecería y obstaculizaría su libre desenvolvimiento, obligándola a perder el carácter de fuerza que tuvo en su comienzo...Ordenó (el gobierno a fines de 1934) que no podían desfilar instituciones extrañas a las fuerzas armadas".⁵⁴

De todos modos, esa experiencia histórica de la sociedad civil fue incorporada a mediados de la década del `30, con un objetivo y base social de cambio real, por las Milicias Socialistas en su lucha contra el embrión de fascismo chileno, representado por el M.N.S., jefaturizado por González Von Marées.

Las Milicias Socialistas, promovidas por socialistas, comunistas y trotskistas se batieron en las calles de Santiago contra las huestes fascistas.

Al respecto, comenta Humberto Valenzuela, dirigente de los obreros de la Construcción, testigo y actor de esas jornadas: "También la Izquierda Comunista se jugó entera en el enfrentamiento armado en contra de las fuerzas fascistas que comandaba Jorge González von Marées, enfrentamiento que se realizó en la Alameda esquina de Castro cuando los nazis salían de su concentración efectuada en el Teatro Iris (...) En esa oportunidad, peleamos todos juntos, en un solo frente, comunistas de las dos tendencias, los anarquistas y los socialistas. Fue un magnífico frente unico en la acción contra el fascismo. Tuvimos que lamentar la muerte del compañero Contreras Garret y la herida finalmente fatal de nuestro militante, compañero Nicolás Carvajal. Este fue el segundo enfrentamiento con los nazis, el primero se había efectuado días antes en Providencia con Pedro Montt".⁵⁵

A pesar del manifiesto repudio de la sociedad civil,

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 80-81. ver además JORGE DE LA CUADRA POISSON: **La verdad de las incidencias milicianas**, Santiago, 1935 y CARLOS MALDONADO P: **La milicia republicana. 1932-1936. Historia de un ejército civil en Chile**, Santiago, 1988.

⁵⁵ HUMBERTO VALENZUELA M.: **Historia del Movimiento Obrero**, Ed. ISP VERLAG, Frankfurt, 1976, p. 98. Esta obra, redactada en el exilio, es la primera historia del movimiento obrero escrita por un obrero. Valenzuela fue candidato obrero a la Presidencia en 1942, dirigente nacional de los Obreros Municipales, fundador de la CUT de los buenos tiempos de Clotario Blest, del POR y del MIR. Se despidió definitivamente de nosotros en 1978, ya retornado del exilio, en su tierra querida.

expresado en la campaña antimilitarista de 1933 a 1936, hubo intentos de complot, por parte de grupos militares muy minoritarios.

Uno de ellos fue conocido como **el complot de "Las Mercedes"**.

A fines de 1933, la División de Santiago realizaba maniobras de instrucción en el fundo Las Mercedes, cerca de Melipilla, donde circulaban rumores de un posible enfrentamiento con la Milicia Republicana. De inmediato, el Comandante en jefe del Ejército, Pedro Vignola emitió una circular reservada incitando a resistir a la Milicia por todos los medios que estuvieran a su alcance. Esta circular le costó el cargo.

Alessandri cuenta en sus **Recuerdos de gobierno**: "yo llamé a Vignola, quien me confesó la autenticidad del documento contra el cual yo protestaba. Le signifiqué que la actitud era indisciplinaria, una verdadera rebelión, porque él no ignoraba que el gobierno patrocinaba, fomentaba y difundía la Milicia Republicana (...) Me preguntó entonces, bastante afectado, si debía acogerse a un retiro. Naturalmente, le repliqué, no puede Ud. permanecer en su puesto, contrariando un propósito tan firme del gobierno. Debe abandonar su cargo esta misma noche."⁵⁶

Otro complot fue encabezado por el Sargento Humberto Videla Maldonado, a fines de 1935, "aprovechándose de la pésima situación económica del Ejército iniciaron una activa propaganda subversiva. Descubiertos en los primeros momentos, la agitación no cundió en las filas del Ejército, pero los hechos (...) obligaron a condenar a media docena de suboficiales"⁵⁷, y al ex-oficial Enrique Cox Chávez, que más tarde participará en otras conspiraciones.

Otro conato de golpe, preparado desde 1935, se puso de manifiesto el 28 de febrero de 1936, cuando fue rodeada La Moneda, mientras el presidente Alessandri estaba en Viña del Mar. Uno de los participantes en este suceso, René Montero, cuenta que "los diversos grupos de asalto empezaron a infiltrarse, con el debido sigilo, en los edificios que rodean La Moneda...El Presidente se encontraba en Viña del Mar y, dentro del plan revolucionario, debía ser detenido por fuerzas combinadas del Ejército, Marina y Carabineros tan pronto se anunciara la caída de La Moneda (...) El objetivo expreso era el derrocamiento revolucionario del Presidente Alessandri y la instauración de una nueva dictadura ibañista"⁵⁸.

Alessandri alcanzó a denunciar esta acción y el comandante en jefe del Ejército, General Novoa, logró abortar el golpe

⁵⁶ ARTURO ALESSANDRI P.: **Recuerdos de Gobierno**, tomo III, p. 21, Ed. Nascimento, Santiago, 1967.

⁵⁷ LEONIDAS BRAVO R.: **Lo que supo un auditor de guerra**, ed. del Pacífico, Stgo, 1955, p. 58.

⁵⁸ RENÉ MONTERO M.: **Confesiones Políticas**, ed. ZIG-ZAG, Stgo, 1959

movilizando el regimiento Tacna, al mismo tiempo que abría un sumario que dictaminó orden de retiro a varios militares. En este complot no solo participaron militares, como el general Guillén, jefe de la guarnición de Arica, que en ese momento estaba en Santiago, sino también civiles connotados: René Silva Espejo y Alejandro Lagos.

El ambiente de golpe está reflejado en el comentario del dirigente comunista Elías Lafertte: "en 1936 yo era uno de los diputados que votaban las facultades extraordinarias porque creía ver en ellas una coraza contra la conspiración militar"⁵⁹.

Poco antes de finalizar el segundo gobierno de Alessandri continuaban los planes conspirativos que fueron abortados por sucesos imprevisibles, como la masacre en el edificio del Seguro Obrero ordenada por Alessandri contra un grupo fascista. Ibáñez, tradicional conspirador, recordaba: "Había un movimiento en marcha que nada tenía que ver con los nacistas y que se preparaba con la complicidad de políticos cuyos nombres es preferible callar. Yo tenía conocimiento de ese golpe, pero lo hizo fracasar el descabellado conato de González Von Marées"⁶⁰.

La Derecha añoraba revivir una nueva forma de gobierno "portaliano", pero la época era distinta y los aspirantes a "estanqueros" también.

Capítulo X

Intento de golpe para impedir el ascenso del Frente Popular: el "Ariostazo" del general Herrera

La victoria del Frente Popular precipitó una nueva intervención militar en la política chilena. Sectores castrenses, ligados a la Derecha, presionaron a Alessandri para que renunciara y no reconociera el triunfo de Pedro Aguirre Cerda. Pero el general Novoa, en nombre del Ejército, se pronunció claramente por el reconocimiento del triunfo de Aguirre Cerda, exigiendo a Ross el retiro de sus exigencias políticas, que avivaban el fanatismo y el temor al Frente Popular.

El Ariostazo

Sin embargo, un sector siguió conspirando, encabezado por el general Ariosto Herrera, comandante de la guarnición de Santiago, partidario de Ibáñez, ex-agregado militar en Italia y simpatizante de Mussolini.

⁵⁹ RICARDO BOIZARD: **Cuatro retratos en profundidad: Ibáñez, Lafertte, Leighton y Walker**, Stgo, 1950, p. 147.

⁶⁰ Ibid., p.. 67 y 68

La primera acción militar contra el Frente Popular sucedió el 21 de mayo de 1939. Al ver una insignia roja en uno de los balcones de la casa de Gobierno, Herrera se adelantó para arrancarla, hecho que le acarreó un sumario. Entonces se acuarteló en el regimiento Tacna para enfrentarse al gobierno.⁶¹

Este conato de golpe estaba apoyado por el Coronel Guillermo Hormazábal, Director de la Escuela de Ingenieros Militares, quien no sólo estaba en conocimiento del complot sino que había comprometido a otros oficiales⁶². Pero no se plegaron varias unidades, entre ellas la Escuela de Infantería, y empezaron a vacilar los oficiales del regimiento Tacna. Este conato golpista conocido con el nombre de "Ariostazo" tuvo, según Alain Joxe, el apoyo del Frente Nacional, pequeña organización pro-fascista, dirigida por el Dr. Ernesto Prieto Trucco⁶³.

El objetivo de los militares de obtener mayor espacio y legitimidad, perdidos en la década de 1930, se fue abriendo paso durante los gobiernos de Juan Antonio Ríos. En 1943, Ríos formó un gabinete cívico-militar, integrado por dos militares. En todo el período de Ríos llegaron a ser ministros nueve miembros de las Fuerzas Armadas, entre ellos los almirantes Julio Alard, Vicente Merino y otros. Alain Joxe sostiene que en el ministerio del "Tercer Frente" hubo influencia de militares⁶⁴.

Capítulo XI

El papel de los militares en la política represiva y autoritaria de González Videla

Donde mayor espacio conquistaron -desde su retroceso de más de una década- los militares fue durante el gobierno de González Videla. Presionado por Estados Unidos y por los ideólogos de la "guerra fría", este presidente, elegido por una alianza donde estaba el PC, puso fuera de la ley a este partido, reprimiendo huelgas como la del carbón, a través de la ley de 1947 que fijó nuevas normas para las zonas de emergencia.

En dicha ley se daban, por primera vez -después de más de una década- facultades a las Fuerzas Armadas para inmiscuirse en

⁶¹ A. CABERO: **Recuerdos...**, op. cit., p. 18 y R. MONTERO: **Confesiones**, op. cit. p. 105 y L. BRAVO: **Lo que supo...**, op. cit., p. 127

⁶² A. OLAVARRIA: **Casos y cosas...**, op. Cit., p. 53

⁶³ ALAIN JOXE: **Las fuerzas armadas en el sistema político de Chile**, ed. Universitaria, Stgo, 1970, p. 78

⁶⁴ Ibid., p. 79

los problemas de seguridad interior: "Sería exagerado describir esta situación como un primer e importante paso en la autonomización de las Fuerzas Armadas como actor político, puesto que la operatoria del conjunto del sistema institucional convierte a los jefes militares en delegados del gobierno central en las respectivas zonas de emergencia. Sin embargo, no cabe duda que por primera vez desde la restauración de la democracia liberal, las Fuerzas Armadas adquieren un rol de tanta significación en la mantención del orden interno"⁶⁵.

La llamada Ley de Defensa de la Democracia amplió estas facultades, pues en su artículo 13 estableció la intervención militar permanente donde sea necesario. El presidente nombró Ministro del Interior al almirante Inmanuel Holger y ministro de Defensa al general de división Guillermo Barrios Tirado, quienes instrumentaron la prolongada represión no sólo al PC sino también a los movimientos sociales. Con ocasión de la huelga ferroviaria, los militares se hicieron cargo de los trenes. En la del carbón, hicieron una operación de copamiento de las minas y pueblos mineros, controlando prácticamente todas las actividades de la población, inclusive su alimentación, a tal punto que Lota y Coronel parecían zonas ocupadas militarmente.

Estas funciones de "seguridad" interior, otorgadas por la ley de González Videla y coordinadas con las tareas de Carabineros, volvieron a ponerse de manifiesto en las redadas para mandar centenares de presos al campo de concentración de Pisagua durante 15 meses.

Hasta parlamentarios de Derecha criticaron los efectos de las leyes de González Videla y la ingerencia de las FF.AA. en cuestiones de orden interior, que habían rebasado sus tareas geopolíticas de Defensa exterior. El senador Eduardo Cruz-Coke, vicepresidente del partido conservador, llegó a decir: "Este proyecto de ley es el primer paso para la creación de un Estado policial (...) Olvida el gobierno que tal concepción de una política de Estado nos lleva insensiblemente a una dictadura"⁶⁶. A su vez, el diputado falangista, Radomiro Tomic, denunciaba: "Este es el método de Franco y Oliveira Salazar (...) Este proyecto contiene una negación implícita de los fundamentos morales básicos del sistema democrático".⁶⁷

El otorgamiento de nuevas funciones de seguridad interior a las FF.AA fue respaldado por el ACHA (Acción Chilena Anticomunista) y la revista "Estanquero", dirigida por Jorge Prat y Sergio Onofre Jarpa. EL Pacto de Ayuda Militar (PAM) dio ideología, entrenamiento y millones de dólares a los militares, quienes, instrumentados por Estados Unidos, se preparaban para una supuesta guerra con Rusia y con los marxistas en el interior

⁶⁵ H. FRÜHLING, C. PORTALES Y A. VARAS: **Estado y Fuerzas Armadas...**, op. cit., p. 43

⁶⁶ Comité de Solidaridad: **El Estado Policial o la Ley de Defensa de la Democracia**, Stgo, 1951, p. 12.

⁶⁷ Ibid., p. 21.

de Chile.

Premunido de facultades especiales, González Videla nombró interventores militares, a raíz de la huelga de enero de 1950. Un testigo de época, Hernán Amaya, comentaba: "El presidente llamó a su despacho a sus ministros y les hizo presente que para mantener el orden público había decidido formar un gabinete totalmente militar (...) En estas circunstancias, fue decidido llamar a las Fuerzas Armadas al gobierno"⁶⁸. En definitiva, González Videla desistió de la idea, aunque mantuvo en el ministerio los dos militares que hemos mencionado: Holger y Barrios.

Comentando estos hechos, especialistas del tema sostienen: "no cabe duda que por primera vez desde la restauración de la democracia liberal, las Fuerzas Armadas adquieren un rol de tanta significación en la mantención del orden público interno"⁶⁹.

Aunque es difícil apreciar los planteamientos ideológicos de los militares por falta de documentos, libros o artículos escritos por ellos, es posible detectar, a través de su praxis, dos tendencias a fines de la década de 1940: una, conservadora, proclive a seguir la orientación de Estados Unidos y otra, filonacionalista o, mejor dicho, antiyanqui, influenciada por los movimientos populistas de América Latina liderados por militares, como Perón.

A esta última corriente pertenecían los militares que simpatizaban con el general Ibáñez. Una de sus conspiraciones se conoció con el nombre de "complot de las patitas de chancho". Desde fines de 1948 se reunían oficiales de la Escuela de Infantería, Escuela de Unidades Motorizadas, Escuela de Aviación y miembros de la Logia Masónica "La Montaña", en un bar de San Bernardo a comer patitas de chancho. Uno de los cabecillas era el Coronel de Aviación Ramón Vergara, respaldado por oficiales como Enrique Cox Chávez, Mellado, Ricardo Arias, Domingo Rivera y otros. El plan era tomar La Moneda con tanques, mientras aviones de la FACH sobrevolarían el centro de Santiago. El Sumario, instruido por el Fiscal Militar Teniente Coronel José Nogués Larraín, dejó muchos detalles en las sombras, aunque no pudo dejar de mencionar la participación de varios grupos compartimentados.

No obstante esta abierta intervención en la política, los militares no eran criticados ni menos repudiados por la mayoría de la sociedad como entre 1932 y 1940.

Ramírez Necochea estima que "un examen todavía insuficiente de este asunto, permite sostener provisoriamente que después de 1940 los miembros de las Fuerzas Armadas en retiro fueron

⁶⁸ HERNAN AMAYA VIDELA: **Morandé 50. Reportaje a un régimen**, Santiago, 1952, p. 154 y 155

⁶⁹ H. FRÜHLING, C. PORTALES Y A. VARAS: **Estado y Fuerzas Armadas...**, op. cit., p. 43

atraídos particularmente por agrupaciones derivadas del Ibañismo, lo que equivale a decir, por aquellas cuyos programas aparecían cargados de concepciones autoritarias, populistas y nacionalistas; entre éstas pueden mencionarse el Partido Agrario-Laborista y, desaparecido éste, el Partido Democrático Nacional y luego el Partido Acción Nacional" ⁷⁰.

Capítulo XIV

El general Ibáñez y "La Línea Recta"

El segundo gobierno de Ibáñez (1952-58) amplió los espacios de las FF.AA en la sociedad civil. Las leyes y decretos dictados permitían el nombramiento de representantes militares en el Consejo Nacional de Telecomunicaciones, la Oficina Meteorológica y luego ASMAR (Astilleros y Maestranzas de la Armada).

Comenzaron a expresarse más que antes "tendencias intervencionistas al interior de las Fuerzas Armadas, que habían permanecido latentes. Ellas aparecían bajo la forma de un intervencionismo institucional, no caudillista, pero que tendía a alterar el control civil sobre sus instituciones (...) Las Fuerzas Armadas comienzan un lento pero persistente proceso de 'invasión' de la vida civil. Este proceso es favorecido durante toda la administración de Ibáñez (...) que logra darles a las Fuerzas Armadas un nuevo papel al interior del Estado. Este se caracterizó por su creciente inserción en las actividades civiles al tiempo que marginó a los civiles del control de este sistema de relaciones" ⁷¹.

Durante el gobierno de Ibáñez se fortaleció el "ala nacionalista" de las Fuerzas Armadas, que se había gestado en la década de 1920 y que mayoritariamente se autoproclamaba ibañista. Este sector de militares "nacionalistas" compartía parte de las posiciones de sus colegas argentinos y bolivianos. Su organización secreta pronto se hizo pública. Al calor de la campaña presidencial, su nombre, PUMAS (Por Un Mañana Más Auspicioso) se hizo más conocido por su apoyo político a la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo. Su cabeza visible era Abdón Parra.

La mayoría de los militares "nacionalistas" no era fascista, aunque compartía algunos de sus postulados. La minoría

⁷⁰ HERNAN RAMIREZ N.: **Las Fuerzas Armadas y la Política en Chile**, ed. Casa de Chile en México, 1984, p. 107

⁷¹ H. FRÜHLING, C. PORTALES Y A. VARAS: **Estado y Fuerzas Armadas**, op. cit., p. 68 y 70

tenía contacto con Ramón Callís, dirigente del Movimiento Revolucionario Nacional Socialista, desembozadamente nacistas.

Estos sectores militares consolidaron su relación con Jorge Prat, también "nacionalista" a su modo, quien dirigía la revista "Estanquero", que postulaba un Estado fuerte y autoritario, inspirado en el ideario de Portales. Esta relación se fortaleció cuando Ibáñez, ya presidente, designó ministro a Jorge Prat, aunque se desdibujó a raíz de las nuevas movidas militares.

La Línea Recta

Esta última fracción militar se estructuró argumentando que el Presidente Ibáñez no podía cumplir su programa "nacionalista" y agrario a causa de la oposición de Derecha, Centro e Izquierda que controlaba el Parlamento. De ahí, que hacia 1954 la Línea Recta comenzó a presionar a Ibáñez para que preparara un autogolpe, con el fin de gobernar mediante decretos, una vez cerrado el Parlamento. Sus jefes: el General Ramón Salinas, Teniente Coronel Fernando Munizaga, Capitán Hugo Barros, mayor Homero Ibáñez, Comandante de escuadrilla Oscar Squella y aproximadamente unos 20 oficiales más.

Cuenta el ministro Arturo Olavarría que llegó a la calle Mosquito 419 a una reunión de los oficiales de la Línea Recta, "quienes en su mayoría se presentaron uniformados para dar fe de que contaban con el respaldo del gobierno. Aparte del general Salinas, estaban presentes numerosos jefes y oficiales. Tomó la palabra el general Salinas, quien dijo que era indispensable que se abriera un breve paréntesis en nuestra continuidad institucional con el objeto de establecer un gobierno de facto".⁷²

Cuando el complot avanzaba, el general Salinas cometió el error de reunir a los oficiales superiores de la Escuela Militar con el objeto de pedirles su ingreso a la Línea Recta. Fue denunciado y el Comandante en Jefe de la División, general Javier Díaz Troncoso, puso los hechos en conocimiento del ministro de defensa, Tobías Barros Ortiz, y del propio Presidente de la República.

Ibáñez no sólo se mostró indeciso sino que denunció los planes de la Línea Recta. Sus miembros fueron condenados a 61 días de cárcel por el fiscal Máximo Honorato Cienfuegos. Abdón Parra fue desplazado del gabinete ministerial.

La Línea Recta no contó con el apoyo de la mayoría de los FF.AA. porque su posición nacionalista era contrapuesta a la ideología que había logrado imponer Estados Unidos luego del Pacto Militar de 1947. Esta estrategia geopolítica norteamericana, asimilada por la mayoría de las FF.AA. de América Latina, mediatizó el surgimiento de tendencias militares nacionalistas.

⁷² ARTURO OLAVARRIA: op.cit., tomo II, p. 305.

Capítulo XV

La "ayuda militar" norteamericana y el entrenamiento de los militares contra el "enemigo" interno

Durante el gobierno de Jorge Alessandri se reforzó la llamada "ayuda militar" de Estados Unidos al recibir Chile 22 millones de dólares, que sumados a "donaciones" anteriores, desde 1950, llegaban a 66 millones. Entre 1950 y 1965 se entrenaron 2.064 militares chilenos en las bases norteamericanas.

Ese entrenamiento, focalizado en las tácticas antisubversivas fue condicionando las lecturas de los militares. A principio de la década del 60, los libros más consultados en las bibliotecas militares, según el Memorial del Ejército de Chile eran: "La guerra de guerrillas", por el Tte. Crl. Enrique Blanche, "Guerra de Guerrillas" por el Dpto de Instrucción, "Guerra Subversiva", por el Tte. Crl. Henry Grand D'Esnon (ejército francés), "La Guerra insurreccional", por el Tte. Crl. Carlos Neira Mattos, "Subversión-Propaganda-Rebelión", por el Mayor Sergio Fernández Rojas.⁷³

Jorge Alessandri reemplazó por decreto del 5 de abril de 1960 el Consejo Superior de Defensa Nacional por el Consejo Superior de Seguridad Nacional, integrado por los jefes de las ramas de las FF.AA., con la finalidad de explicitar el papel de los militares en la Seguridad Interna. "De esta manera, a partir de 1960 pareciera ser que el restringido concepto de Defensa Nacional es reemplazado por el de Seguridad Nacional, que implica un énfasis creciente en las relaciones fundamentales: por un lado, en la relación entre conservación de la sensibilidad del país y por el otro, el desarrollo del conjunto de factores económico-culturales que contribuyen a un eventual esfuerzo bélico. Es cierto que esta relación no era ajena a concepciones ya antiguas de las Fuerzas Armadas"⁷⁴.

Como hemos podido apreciar, en este período también hubo una manifiesta intervención de los militares en la política, mostrando que siempre han sido un poder "fáctico", en unos momentos más que en otros. De 1831 a 1851, fueron presidentes dos generales: Prieto y Bulnes. En las guerras civiles de 1851 y 1859 los militares jugaron un papel decisivo. Ni qué decir de su

⁷³ Índice del Memorial del Ejército de Chile, Quinquenio 1961-1965, ed. del Pacífico, Stgo, 1966, p. 9 y 24

⁷⁴ H.FRÜHLING, C. PORTALES Y A. VARAS: **Estado y Fuerzas...**, op. cit., p. 48

intervención en el derrocamiento del gobierno de Balmaceda. Otro militar también fue presidente, el almirante Jorge Montt, de 1891 a 1896. En 1912, los militares formaron una Logia y en 1919 los generales Armstrong y Moore organizaron un golpe de Estado. La tentativa golpista triunfó en 1924, forzando la renuncia de Arturo Alessandri. De 1924 a 1932, "el partido militar" tomó el poder, gobernando casi sin excepción durante 8 años.

Que Chile ha sido siempre un país civilista es un mito fabricado por los ideólogos de los partidos políticos y la historiografía tradicional; así como también es un mito que las FF.AA. han sido constitucionalistas. En el período analizado en esta primera parte, hemos visto, de 1932 a 1955, reiteradas intervenciones de los militares en la política: "Ariostazo" (1939), las conspiraciones de 1936, 38 y 49 y el conato de golpe de la Línea Recta en 1955, además de la representación militar legalizada en importantes áreas de la sociedad civil y de nuevas leyes que facultaron a las Fuerzas Armadas a hacerse cargo de la Seguridad Interior.

(AQUI TERMINA LA PRIMERA PARTE)

SEGUNDA PARTE

Préstamos militares

Durante este gobierno se acrecentó la "ayuda" militar, pasando Chile a ser uno de los países más favorecidos con estas denominadas "donaciones", ya que recibió 66.000.000 de dólares entre 1950 y 1965. Alain Joxe sostiene que "Chile figura igualmente como uno de los beneficiarios privilegiados dentro de un programa de ayuda militar y de equipo concedida a título de excedentes (excess stock program). Por este programa Chile recibe, entre 1960 y 1966, 22.900.000 dólares en material, colocándose directamente después de Brasil (76.800.00 dólares) y antes de Perú (17.400.000 dólares) y de Colombia (13.100.000).

Chile aparece también como uno de los principales beneficiarios del programa de entrenamiento militar por Estados Unidos. Entre 1950 y 1965 se entrenaron en ese país 2.064 militares chilenos y 549 fuera de Estados Unidos. Estas cifras colocan a Chile en el tercer lugar, después de Brasil (3.632 hombres) y de Perú (2.306 hombres) en cuanto a número de hombres entrenados en Estados Unidos"⁷⁵.

La crisis del pensamiento de la derecha

Así, entró en crisis el pensamiento de la Derecha tradicional, acuñado durante más de un siglo, como también su fuerza electoral que, a través de los partidos Liberal y Conservador, se había mantenido, sumado sus votos, a la cabeza de los cómputos.

Obviamente, la DC no era la "nueva cara de la derecha" como

⁷⁵ Alain Joxe: op.cit., p. 101

equivocadamente decía la izquierda, con excepción de Salvador Allende, quien solicitó al autor de estas líneas que publicara urgentemente el libro "Esencia y Apariencia de la Democracia Cristiana" con el fin de suscitar una polémica en el frente ideológico.

La Derecha no tradicional se expresaba entonces en la candidatura presidencial de Jorge Prat, ex-ministro de Ibáñez y director de "El Estanquero". En su discurso del 26 de mayo de 1963, pronunciado en Temuco, llamó a una "revolución nacionalista"; basada en un Estado Nuevo-autoritario, portaliano y crítico de los políticos profesionales -dirigido por un Presidente "independiente". Como expresión de su demagogia corporativa postulaba un "sindicalismo integral". Fue respaldado por el Partido de Acción Nacional, creado por Sergio Onofre Jarpa. Pero la candidatura presidencial de Prat no prosperó, siendo retirada poco antes de las elecciones.

Sin embargo, la difusión de sus ideas permitió a un núcleo importante de derechistas no tradicionales ir generando cuadros militantes que a la hora de los combates decisivos mostraría su fuerza ideológica, especialmente en el pensamiento de los militares que le dieron el golpe a Salvador Allende.

sigue SEGUNDA PARTE

Capítulo

El nuevo papel de los militares desde la década del 70

Es sabido que uno de los rasgos fundamentales de la América Latina de las décadas de 1970-1980 fue la instauración de regímenes militares de "nuevo tipo". Decimos de "nuevo tipo" porque dichos regímenes se distinguieron en importantes aspectos de los gobiernos militares del siglo pasado y de las primeras décadas del presente.

Antes, los caudillos militares eran menos intermediarios de los intereses de la oligarquía terrateniente, salvo algunas excepciones en que reflejaron también las aspiraciones de la burguesía minera y comercial. Ahora, ante la crisis de dirección política de los partidos burgueses tradicionales, los militares jugaron un papel aparentemente autónomo, representando los intereses generales del sector de clase dominante más dinámico y "modernizante". Antes, los gobiernos militares eran ejercidos por un caudillo que se decidía a tomar el poder, alentado por los círculos oligárquicos. Ahora, las Fuerzas Armadas, actúan como cuerpo y deciden su intervención política **como Institución**, promovidos por los intereses coyunturales del capital monopólico, fundamentando su acción en una nueva teoría de la Seguridad Nacional, según la cual el principal enemigo está en

el interior del país.

De este modo, las Fuerzas Armadas se convirtieron en el nuevo "partido político" de la burguesía dependiente, a partir del golpe de 1964 contra el presidente brasileño Goulart. Surgió así un nuevo factor subjetivo en la política latinoamericana: "el partido militar". Si bien es cierto que no tuvo la estructura de un partido político tradicional, la alta oficialidad actuó de hecho como un partido político; con una estructura orgánica especial, para discutir los planes de gobierno, la política económica, la forma de enfrentar los conflictos sociales, la política internacional y todo aquello relacionado con el quehacer político de una nación.

En el informe que entregó Rockefeller, después de su gira por nuestro continente en 1969, señalaba claramente que la única alternativa, ante la convulsionada América Latina, era la instauración de gobiernos militares. La política del Departamento de Estado, especialmente bajo las administraciones Johnson, Nixon y Ford, fue apoyar a los gobierno militares, tanto a las dictaduras "gorilas" como las disfrazadas de "desarrollistas", dándoles no sólo entrenamiento antisubversivo contra las guerrillas y movimientos sociales, sino también ejerciendo un control ideológico y político en los altos mandos de las ramas de las Fuerzas Armadas. Logró su objetivo proporcionando una base material y económica a los militares de alta jerarquía, facilitándoles las condiciones para que se transformaran en gerentes de industrias y otras empresas, sin perder por eso su status profesionalizante. Los militares latinoamericanos, como han dicho numerosos tratadistas, han adquirido raíces económicas propias, al convertirse no sólo en ejecutivos de empresas del Estado sino también del área privada. Este sector militar constituye una capa social nueva, directamente ligada a los intereses del capital monopólico mundial y a sus socios "nacionales". Es decir, los altos jefes militares, en ejercicio o en retiro, han formado una capa profesional relacionada íntimamente con el desarrollo de la actual estructura capitalista y actúan, por lo tanto, en defensa de los intereses del sector dinámico de la clase dominante, de la cual han pasado a ser integrantes activos. En síntesis, esta burocracia militar, a diferencia de los militares del pasado, está directamente **ligada al proceso productivo**.

El nuevo plan yanqui sobre el papel de las Fuerzas Armadas tuvo como objetivo primordial asegurar el éxito de la represión contra cualquier intento insurreccional del pueblo y convertir a los militares en la mejor garantía para el cumplimiento de la política económica. Los militares aparecieron, de este modo, no como meros "gorilas" reaccionarios y defensores del viejo pasado oligárquico terrateniente, sino como propulsores del "nuevo progreso industrial" y de los "avanzados planes de modernización" de nuestra sociedad.

Durante las décadas de 1970 y 80 hubo prolongados gobiernos militares en Uruguay, Argentina (Videla, Viola, Galtieri), Chile (Pinochet), Paraguay (Stroessner), Bolivia (García Meza, Banzer), Perú (Velasco Alvarado y Morales Bermúdez), Nicaragua (Somoza), Haití (Duvallier).

El papel de los militares latinoamericanos experimentó importantes transformaciones desde la década de 1960. Como ha dicho el profesor de Geopolítica de la Universidad "El Salvador" de Argentina, Teniente Coronel Venancio Carullo: "Dado que la esencia del que hacer militar, de lo militar, hace la seguridad, y ésta no sólo implica contener o rechazar presiones, amenazas o agresiones de hecho, sino hacer posible el logro de los objetivos de la política nacional, si éstos se vinculan al progreso, a la evolución y al cambio, que es el desarrollo, hemos penetrado en el sector en que la esencia de lo militar, el papel de los militares, trasciende de la seguridad al desarrollo (...) de ahí que en los países en desarrollo los pensadores militares, que son sus estrategas, y detrás de éstos sus ejércitos incluidos, bregan también por salir del subdesarrollo (...) Las Fuerzas Armadas, instrumentos de la gran política, se consustancian con la comunidad y, bajo la exigencia de los cambios económico-sociales, se deben aprestar para modernizarse al filo del nuevo siglo que llega".⁷⁶

Las tesis de John J. Johnson (**Militares y Sociedad en América Latina**, Hachette, Buenos Aires, 1966), de José Num (**La crisis hegemónica y el golpe militar de la clase media**) y de Alain Joxe (**Las Fuerzas Armadas en el sistema político de Chile**, Ed. Universitaria, Santiago 1970), son equivocadas en lo esencial, aunque tienen aspectos parciales correctos, porque parten de un supuesto falso: que los militares en América Latina reflejan la irrupción de la clase media en la política y su participación en el poder. A nuestro juicio, el nuevo papel de los militares en América Latina no es en representación de las capas medias, sino como agentes de la burguesía dependiente y, fundamentalmente, de los nuevos planes del capitalismo transnacionalizado.

Con esta apreciación no pretendemos negar las posibilidades de que en el interior de las Fuerzas Armadas surjan eventualmente corrientes antiimperialistas, nacionalistas y populares, con límites casi infranqueables y cuyos contenidos programáticos tienden a desvirtuarse rápidamente. En la historia contemporánea de América Latina se han dado no sólo regímenes de carácter dictatorial, sino también gobiernos militares reformistas, como el golpe militar del coronel Grove en Chile en 1932 que dio lugar a la llamada "República Socialista", precedida de una gran rebelión de los marineros en 1931; el movimiento de los "tenientes" en Brasil en la década de 1920 y el levantamiento de Prestes; la participación activa en la revolución "Juliana" de Ecuador en 1925, la experiencia de los militares bajo el gobierno del coronel Arbenz en Guatemala (1950); la rebelión del coronel Caamaño en la República Dominicana en 1965 y el gobierno del general Torres en Bolivia en 1971.

La izquierda latinoamericana, salvo algunas excepciones, ha caracterizado de fascistas a las dictaduras militares, confundiendo la "apariencia" de estos regímenes con algunas facetas que tuvo el fascismo. Las dictaduras militares son totalitarias, pero no siempre el totalitarismo es fascismo, aunque siempre el fascismo es totalitarismo.

El fascismo, expresado claramente en Alemania e Italia, fue la dictadura del gran capital financiero a través de un gobierno totalitario, que tuvo como elemento social específico el apoyo de la pequeña burguesía fanatizada y orgánicamente militando en el partido fascista. Es decir, en el fascismo existió un factor social clave: el apoyo y la movilización masiva de las capas pequeño-burguesas. Este fenómeno social relevante no se ha dado en las dictaduras militares en América Latina.

Los golpes militares de las décadas de 1960-70 y 80 se hicieron para aplastar el ascenso

⁷⁶ E. SHILS, E. LIEUWEN y otros: **Los militares y los países en desarrollo**, p. 7, Ed. Pleamar, Buenos Aires, 1967.

revolucionario de las masas o para derribar los gobiernos llamados "populistas" y reformistas, cuya política redistributiva no convenía a los intereses de la burguesía y el imperialismo.

Las Fuerzas Armadas intervinieron como Institución para superar la crisis de conducción política de los partidos tradicionales de la burguesía. Los equipos de gobierno se nombraron en función de la jerarquía militar, aunque a veces se designaron civiles en los ministerios, especialmente de Economía y Hacienda. Estos ministros civiles, apoyados en la tecnoburocracia, sirvieron de conexión directa entre el gobierno militar y los planes económicos inmediatos del capital monopólico.

La clase dominante delegó el poder político en las Fuerzas Armadas a causa de la incapacidad para superar la crisis de los partidos que tradicionalmente la representaron. Bajo las dictaduras militares, en las que generalmente desapareció el Parlamento, la clase dominante manifestó las aspiraciones coyunturales a través de sus Instituciones corporativas de clase, como las Sociedades de la Industria, Agricultura, Cámara de Comercio y otras corporaciones que devinieron en "poderes fácticos".

La política económica de estos regímenes militares se diseñó en función de los intereses de los sectores más dinámicos asociados al capital monopólico internacional. El objetivo fue lograr una rápida acumulación de capital que permitiera un cierto despegue económico. Se tendió a contrarrestar de manera drástica los factores que agudizaban la tendencia descendente de la tasa de ganancia. La liquidación de los sindicatos más combativos, o su aplastamiento por la vía del amedrentamiento, significó el intento forzado de terminar de manera abrupta con la presión obrera por los aumentos de salarios, la previsión y otras leyes sociales, factores claves que aceleran la tendencia a la baja de la tasa de ganancia.

En el plano de la superestructura política, las dictaduras militares trataron de crear una nueva institucionalidad o, mejor dicho, cambiar ciertas formas de la institucionalidad tradicional por otras que garantizaran el control de la Política Interior por las Fuerzas Armadas, en el eventual caso de un recambio civil de gobierno. Antes, en los gobiernos civiles, el partido de gobierno se reservaba el control de la policía, de los servicios de Investigación y de Prisiones, porque mediante ellos podía regular la política interior. Ahora, en casi todos los países, los militares han incorporado la Policía e Investigaciones a las Fuerzas Armadas y al Ministerio de Defensa.

Las Fuerzas Armadas pasaron a controlar ciertas áreas de la economía, especialmente las empresas llamadas "estratégicas", promovieron la creación de organismos de acción cívico-militar, que actuaban como bandas armadas; o se hicieron cargo también de la construcción de carreteras, escuelas y centros de salud, obras que realizaron especialmente en los lugares escogidos para las eventuales acciones de contra-insurgencia. Esta militarización progresiva se registró también en el desplazamiento de ciertos juicios de la Justicia Ordinaria a la Justicia Militar. Así se fue creando un monstruoso aparato de represión y control que, estén o no los militares en el gobierno, les permite a las Fuerzas Armadas convertirse en el agente insustituible de toda política interior.

Las dictaduras militares procuraron ganar o neutralizar a las capas medias a través de la ideología "nacionalista", de la lucha contra la "politiquería" de los partidos tradicionales, de la autoridad para imponer la "disciplina laboral" y la "eficiencia" en la planificación económica. Este intento de los militares no prosperó porque su política económica, al servicio del gran capital, determinó inflación, desempleo y bajos sueldos, fenómenos que provocaron un descontento de las capas medias, aún de aquellas que en un primer momento apoyaron ciertos golpes militares como alternativa a la crisis del país o al ascenso del movimiento obrero.

El descontento creciente de las capas medias hizo fracasar los intentos de algunas dictaduras militares de organizarlas en partidos o movimientos fascistas que sirvieron de base de sustentación social del régimen. En algunos países, los gobiernos militares trataron de utilizar el apoyo de la burocracia sindical "amarilla" para intentar una operación de "estatización sindical", pero en general esta política no

prosperó porque, aunque la burocracia sindical hubiera querido aplicarla, no contaba con el apoyo de los trabajadores, que son las capas más afectadas por la política económica y represiva de los gobiernos militares.

Desde principios de la década de 1980, la mayoría de las dictaduras militares de América Latina hicieron declaraciones públicas en el sentido de convocar a elecciones. Los comentaristas de los diarios más importantes opinaron que estos llamados a elecciones por parte de las dictaduras militares eran el resultado de la presión del presidente norteamericano Carter, y de su campaña sobre el respeto a los "derechos humanos" y a las formas democráticas de gobierno. Nosotros creemos que existieron razones más de fondo.

La recesión económica mundial de 1981-83 tenía repercusiones muy graves en las economías dependientes y semicoloniales de los países latinoamericanos. Detrás de las frías cifras de algunos organismos internacionales que señalaban -manejando arbitrariamente los índices- un cierto crecimiento de los productos de exportación, estaba la cruda realidad de los pueblos que experimentaban un 50% de rebaja en el poder adquisitivo y un 20% como promedio de cesantía y semiocupación; un mercado interno restringido, y una crisis de la industria que elaboraba productos de consumo popular.

El Departamento de Estado norteamericano, los sectores más lúcidos de la burguesía y la Iglesia Católica se dieron cuenta que las Fuerzas Armadas se estaban desgastando y decidieron que era el momento del recambio, como sucedió en Bolivia (1982), Argentina (1983), Uruguay (1984), Brasil (1985) y Chile (1989).

La corrupción estaba invadiendo las filas de las Fuerzas Armadas. En contraste con los antiguos gobiernos militares en que se enriquecían algunos generales, desde la década de 1970 las Fuerzas Armadas gobernaron como Institución, obteniendo todos los militares desmesuradas granjerías económicas. Este fenómeno de corrupción militar generalizada produjo un rápido desprestigio de la Institución represiva más importante del Estado y un deterioro de la imagen del militar "honesto" y "austero".

También fracasaron las llamadas "dictablandas" es decir, gobiernos militares que prometieron hacer reformas sociales dentro del sistema capitalista. El caso más destacado fue el del peruano Velasco Alvarado (1968-75) que arrebató las banderas que en un tiempo lejano habían sido levantadas por el APRA. Como oportunamente señaló Aníbal Quijano, el gobierno de Velasco Alvarado se puso al servicio de una política desarrollista que conllevaba un reforzamiento del aparato del Estado para reprimir cualquier alza de las luchas obrero-campesinas, al mismo tiempo que practicaba una política paternalista y estatizante en relación a los trabajadores, cuya expresión más notoria fue SINAMOS.

Paralelamente, Velasco Alvarado estimuló la inversión de capital extranjero en el cobre por valor de 900 millones de dólares, como asimismo en la química (Bayer) y en la industria automotriz (Mercedes Benz). Nacionalizó sectores de la banca, pero dejó intacta la inversión del capital monopólico en la minería. Estatizó las industrias básicas, como el cemento, para entregar a bajo costo estos productos a la industria de bienes de consumo durable, que permaneció en manos privadas. El proceso de acumulación de capital fue dinamizado por el Estado en asociación con el capital monopólico internacional. Los militares que le sucedieron, entre ellos Morales Bermúdez, morigeraron aún más el tibio reformismo burgués de Velasco Alvarado, mostrando reiterativamente la incapacidad de los militares para solucionar los más mínimos problemas de la sociedad.

Lo mismo acaeció con la Junta Militar ecuatoriana, liderada por el general Guillermo Rodríguez Lara (1972-76), cuyo papel fue modernizar el capitalismo de su país, promoviendo un proceso de industrialización tardía, una reforma agraria de "maceteros" y la asociación del capital estatal con el capital monopólico norteamericano en la explotación del petróleo.

Error! Bookmark not defined.DICTADURAS MILITARES

Primera Logia de las Espadas (1930-1964)

País	Dictador	Período	
Total años			
Rep. Dominicana	Rafael L. Trujillo	1931-61	31
Nicaragua	Anastasio y Luis Somoza	1936-74	43
Paraguay	Alfredo Stroessner	1954-89	35
Haití	Francis y Jean C. Duvalier	1957-86	30
Colombia	Gustavo Rojas Pinilla	1953-57	4
Venezuela	Marcos Pérez Jiménez	1948-58	10
El Salvador	Maximiliano Hernández	1932-44	12
Guatemala	Jorge Ubico	1931-44	13
Perú	General Odría	1948-56	8

Segunda Logia de las Espadas

Bolivia	R. Barrientos- A. Ovando	1964-70	6
Brasil	J. Militar-Geisel	1964-79	15
Uruguay	J. Militar-Bordaberry Méndez	1973-85	12
Chile	A. Pinochet	1973-91	17
Argentina	Videla-Viola-Galtieri	1976-83	7

DICTADURAS Y RESISTENCIA POPULAR

La intervención de los militares en la política de cada una de las naciones latinoamericanas ha sido reiterativa desde el surgimiento de nuestras repúblicas. como hemos visto en el tomo 2 y en la primera parte del presente volumen.

De 1930 en adelante, la resistencia a las dictaduras militares estuvo liderada por los Movimientos sociales y nuevos partidos políticos de izquierda.

República Dominicana, sufrió una de las más largas dictaduras: 31 años, de 1930 a 1961, ejercida por el general Rafael L. Trujillo. Acumuló tantas riquezas en su tiranía que llegó a prestar dinero al Estado, obviamente cobrando suculentos intereses. Su hijo, dueño de ingenios azucareros, fábricas de cemento y de alimentación. “Sin duda -dice el connotado investigador dominicano Roberto Cassá- el apoyo que brindó el imparcialismo yanqui al establecimiento del despotismo trujillista fue lo fundamental

en su enorme estabilidad”.⁷⁷

Los sectores políticos reprimidos prepararon en 1933 y 1934 conspiraciones e inclusive atentados contra la vida del tirano, pero fueron desbaratadas. Unos fueron encarcelados y otros debieron salir al exilio. A fines de 1937, Trujillo ordenó la masacre de más de 12.000 haitianos que trabajaban en República Dominicana y otros miles fueron expulsados del país, como expresión del peor de los racismos. Se despidió al 50% de los empleados públicos, y a los maestros de escuelas se les pagaba cada dos o tres años.

La primera protesta masiva de los trabajadores acaeció en 1942 con la gran huelga en el Central Romana, uno de los centros obreros más importantes, en los sectores azucareros y en las nuevas industrias de sustitución de importaciones. En 1945 y 1946 estallaron dos huelgas generales en las empresas azucareras. Un año antes, se había constituido el izquierdista Partido Democrático Revolucionario Dominicano y luego el Partido Socialista Popular (PC).

En 1956, hubo un intento frustrado de desembarco de exiliados armados en las costas, cuyos sobrevivientes crearon el Movimiento Clandestino 14 de Junio, encabezado por el gran escritor Juan Isidro Jimenes Grullon y el líder Manuel Tavarez Justo, ejemplos de lucha consecuente para las juventudes dominicanas.

En este ambiente se produjo el atentado contra Trujillo ejecutado por las hermanas Mirabal. Luego de haber sido apresadas y liberadas, el tirano las hizo asesinar. Pero en otra operación, trujillo cayó bajo las balas de un grupo comando, el 30 de mayo de 1961.

A su muerte, Trujillo “disponía de una fortuna que en total superaba los 800 millones de pesos, siendo en esa época uno de los hombres más ricos del mundo”.⁷⁸

Nicaragua, soportó la dictadura más larga de América Latina del siglo XX. Anastasio Somoza García y sus hijos Luis y Anastasio tiranizaron al pueblo nicaragüense durante 43 años, de 1936 a 1979. Apoyado políticamente por EE.UU., hizo entrega de las riquezas nacionales a los monopolios norteamericanos. Se apropió del resto, llegando a convertirse “en el hombre más rico de la historia nicaragüense”.⁷⁹ Peón de la política intervencionista de EE.UU., Somoza estimuló un conflicto fronterizo con Honduras en 1937, envió tropas a Costa Rica en 1948 y fue cómplice del derrocamiento de Arbenz en Guatemala (1954).

La resistencia civil tuvo su año culminante en 1944, al lograr un frente amplio de comerciantes y agricultores afectados por la política entreguista de Somoza, junto con manifestaciones de trabajadores, estudiantes e intelectuales. Uno de ellos, el poeta Rigoberto López logró ultimar a Somoza, padre, el 21 de septiembre de 1956, para que “Nicaragua vuelva a ser (o lo sea por primera vez) una patria libre, sin afrentas y sin manchas”, como el poeta le escribía a su madre”.⁸⁰

Le sucedió su hijo Luis Somoza, quien reforzó la represión. Como respuesta, la resistencia popular desencadena “una impresionante lucha armada que logra, de una u otra forma, levantar más de una veintena de movimientos armados, desde 1956 a 1960”.⁸¹

La dinastía Somoza se prolongó al asumir Anastasio Somoza Debayle, cuyo principal mérito era haber sido Jefe de la Guardia Nacional. Al igual que su padre, se puso al servicio de la estrategia de EE.UU., al enviar aviones para bombardear San Salvador en 1972 en defensa del dictador Sánchez, además de respaldar a las tiranías guatemaltecas de Arana Osorio y Laugerud.

Pero los días de la dictadura Somoza estaban contados. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), creado en 1962 por Carlos Fonseca y Tomas Borge, avanzaba desde distintos frentes de lucha. El último de los Somoza huyó en avión, mientras los sandinistas entraban a Managua el 19 de julio de 1979.

En **Paraguay**, la lucha contra la larga dictadura del general Alfredo Stroessner (1954-1989) fue motorizada por el movimiento campesino e indígena (150.000), por las Ligas Agrarias que en marzo de 1980 resistieron a 5.000 soldados en la zona de Caaguazú. De 1978 en adelante, los trabajadores urbanos

⁷⁷ ROBERTO CASSA: **Historia Social y Económica de la República Dominicana**, Ed. Alfa y Omega, Sto. Domingo, t. 2, p. 251, 1981.

⁷⁸ R. CASSA: op. cit., p. 265.

⁷⁹ RICHARD MILLET: **Guardianes de la Dinastía**, Ed. EDUCA, San José, p. 246, 1979.

⁸⁰ RIGOBERTO LOPEZ PEREZ: “Carta a su Madre”, sep. 4 de 1956, cit. por JORGE NUÑEZ: **Nicaragua la trinchera invulnerable**, Ed. ADHILAC, Quito, p. 103, 1985.

⁸¹ HUMBERTO ORTEGA S.: **Cincuenta años de lucha Sandinista**, Ed. FSLN, p. 92, Managua, 1979.

irrumperon con fuerza en la lucha antidictatorial, sobre todo en las huelgas textiles, de la construcción y alimentación. En 1982, los empleados bancarios se sumaron a la resistencia activa. Los partidos de izquierda empezaron a remontar su crisis a principios de la década de 1980, luego de la división del PC en pro-soviético y pro-chino.

Una de las especificidades de estos 35 años de dictadura fue la estrecha relación entre las FF.AA. y el Partido Colorado, a tal punto de que en 1955 se resolvió la afiliación obligatoria de los oficiales al P. Colorado; y más tarde la condición de ser miembro de dicho partido para ingresar a la Colegio Militar. De este modo, Stroessner logró la incondicionalidad detrás del Partido y del Ejército.

La represión llegó a tal extremo que la dictadura se ensañó con las organizaciones cristianas de base, hecho que motivó una reacción de la Iglesia Católica y de sus sacerdotes más progresistas. Una heroína de la resistencia fue Gilberta Verdún de Talavera, cónyuge del asesinado Capitán Talavera por ser integrante del "Movimiento 14 de Mayo". Gilberta estuvo 9 años en la cárcel; hizo un intento de magnicidio contra Stroessner. En 1960, el Mov 14 de Mayo trató de organizar un grupo armado en la frontera paraguayo-argentina, pero cayeron más de 50 guerrilleros muertos.⁸²

En 1985, se alcanzó un "Acuerdo Nacional" entre varios partidos de oposición: Febrerista, Democracristiano y Liberal Radical Auténtico. Asimismo, se formó el Movimiento Democrático Popular (MDP) que convocó 5.000 personas en una importante manifestación callejera, y el Movimiento Intersindical de Trabajadores.

Nuevas manifestaciones de protesta aceleraron una crisis dentro del Partido y del Ejército; el dictador trató a última hora de hacer recambios en el Estado Mayor de las FF. AA. pero ya era tarde; el golpe del 2 y 3 de febrero de 1989 terminó con los 35 años de dictadura, dando paso a una transición dirigida también por otro militar, el General Andrés Rodríguez. A fines de 1989 se realizaron elecciones en las que se impuso la "máquina" del P. Colorado.

Haití, pueblo precursor de la independencia en América Latina (1802), sufrió numerosos regímenes autoritarios, entre ellos el de François Duvalier. Su dictadura, iniciada en 1957, fue resistida por la Unión de Estudiantes y la Intersindical, que en 1963 declararon una huelga general. La represión fue feroz, llegando a la expulsión del país de varios sacerdotes, entre ellos el Monseñor Reny Agustín acusado de "cooperar con los estudiantes comunistas".

Sectores populares y grupos políticos se reorganizaron en forma clandestina, acumulando fuerzas que les permitiera hacer manifestaciones de protesta en marzo de 1969. Pero Duvalier (Papá Doc) asestó un terrible golpe al ordenar la matanza de cerca de 500 militantes organizados. No obstante, se hizo una operación con fuerzas de guardacostas: el bombardeo del Palacio Nacional por una cañonera, Asimismo, hubo desembarcos de haitianos provenientes de Santo Domingo.

A la muerte del dictador en 1971, lo sucede su hijo, Jean Claude Duvalier. Tras varios años de promesa de apertura "liberal", vuelve a mostrar su verdadera cara represiva a través de los "Tonton Macutes" y los "Leopardos", que asesinan al periodista Garfier Raymond. En la cárcel Fort Dimanche son asesinados más de 1.000 prisioneros políticos.

No obstante, la lucha antidictadura continúa. En 1978, se reinicia el ciclo huelguístico en fábricas de azúcar, bauxita y cemento por aumento de salarios, ya que durante 20 años el jornal estuvo congelado en menos de un dólar diario. De hecho, la resistencia durante las décadas de 1970 y 1980 fue motorizada por los movimientos sociales, no por los partidos, que al decir el dirigente haitiano de izquierda, Gérard Pierre-Charles, "han perdido después de tantos años contacto con la realidad del país y en consecuencia incapacidad para encauzar y dirigir los acontecimientos".⁸³

A pesar de la represión, conservaban algunas fuerzas las corrientes social cristianas, el Partido de los Trabajadores Haitianos (PTH) y el Partido Unificado de los comunistas Haitiano (PUCH). Apoyaron el desembarco el 11 de enero de 1982 de un grupo de expedicionarios haitianos en la legendaria isla de la Tortuga, comandado por Bernard Samariag. Fueron exterminados por una operación conjunta de la dictadura, de las FF.AA. dominicanas y de fuerzas especiales norteamericanas.

La resistencia popular se expresó, asimismo, en la puesta en escena -y a veces semiclandestina- de obras de teatro de crítica social y política, con el beneplácito de miles de personas, a pesar de la nueva Ley de Censura.

Al término de la dictadura de los dos Duvalier, el pueblo haitiano sólo tenía una expectativa de vida entre 40 y 50 años, un analfabetismo superior al 90% y en la capital Port-au-Prince un 40% de la población sin vivienda. Un país esencialmente agrario, tanto en producción como en población activa.

⁸² CARLOS ZAMORANO: **Paraguay Insurreccional del siglo XX**, Ed.Sapucai, Buenos Aires, p. 68, 1992.

⁸³ Entrevista a G. Pierre Charles, en Rev. Nueva Sociedad, N°41, p. 134, Caracas, 1979.

Al mismo tiempo, la familia Duvalier se convirtió en una de las ricas del país; controlaba la tercera parte de las exportaciones de café, el tráfico de drogas y la Cia. Aérea Air-Haití. Los Duvalier, especialmente François, pretendieron hablar en nombre de las “masas negras”, reflatando la bandera de la “negritud”, como instrumento de manipulación respecto de los mulatos, aunque la represión cayó también sobre los líderes negros opuestos a la dictadura.

A tales fines también sirvió el vudú, creencia magico-religiosa que a fines del siglo XVIII contribuyó al movimiento de liberación política. Ahora, sostiene la investigadora Suzy Castor, el “vudu, representando al poder establecido como detentador de sus misterios y sugiriendo que la maquinaria opresiva había recibido el mandato de los dioses para ejercer su poder”.⁸⁴

Acorralado por la crisis económica, las masivas protestas y el descontento de la Iglesia, el último de la dinastía Duvalier optó por la huida en 1986, completando casi 30 años de dictadura.

En **Colombia**, ante la crisis de conducción política, las corporaciones patronales y la élite del Partido Conservador golpearon a la puerta de los cuarteles. El 13 de junio de 1953 se inauguraba la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla, que de hecho fue la continuación del gobierno autoritario de Laureano Gómez (1949), entrando en crisis la tradicional República Liberal colombiana.

Rojas Pinilla trató de implementar una cierta forma de populismo militar y de intervencionismo estatal en la economía, impulsando empresas estatales en el petróleo, la energía eléctrica, la siderurgia, ferrocarriles y la banca. Pero pronto terminó su diálogo con los trabajadores organizados en la CNT y en el MAN, los cuales comenzaron en 1955 a protestar por las promesas incumplidas del gobierno. Según Antonio García, “el derrocamiento de Rojas se produjo por medio de una acertada combinación de tres operaciones: la conminación de la jerarquía eclesiástica al presidente para que abandonase el poder; el paro patronal organizado por la ANDI, y la división de los generales”.⁸⁵ Rojas Pinilla abandonó sin luchar el poder el 10 de mayo de 1957, dando paso a una junta de generales que se comprometieron a convocar elecciones al más corto plazo posible.

Venezuela: cuando la sociedad civil se encontraba en un proceso de recuperación democrática, luego de haber sufrido más de tres décadas la dictadura de Juan Vicente Gómez y una transición inacabada del general Eliazar López Contreras (1935-41) y del general Isaías Medina Angarita (1941-46); cuando Rómulo Gallegos de Acción Democrática elegido democráticamente en 1947 comenzaba a democratizar el país, se produjo en 1948 un nuevo golpe militar encabezado por Marco Pérez Jiménez.

La dictadura aplastó el movimiento sindical (CTV) y asesinó centenares de personas, entre ellas el Dr. Leonardo Ruíz Pineda, utilizando los cuerpos de Seguridad Nacional y abriendo los campos de concentración de Guasina y Sacupana. Disolvió los partidos políticos: AD, URD, PC y COPEI. La Universidad Central de Venezuela intervenida, siendo expulsados numerosos profesores.

Esta dictadura formaba parte de la Logia de las Espadas que atravesaba medio continente en el periodo de la guerra fría; golpes militares estimulados por el Departamento de Estado norteamericano embarcado en una pugna mundial contra la Unión Soviética.

Tras el fraude electoral de 1952, se agudizó la resistencia detallada en los libros de AD: **Libro negro de la Dictadura** y de José Agustín Catalá: **Pérez Jiménez y la Resistencia**. Se rebela un sector militar en Caracas y Narcay el 1º de enero de 1958. El 21 del mismo mes se declara una huelga general. El 23 de enero, fecha gloriosa para el pueblo venezolano, el dictador escapa en su avión hacia República Dominicana donde gobierna otro dictador: Rafael L. Trujillo.⁸⁶

Un año antes se había acentuado el desprestigio de la dictadura a raíz de una deuda irregular de más de 4.000 millones de bolívares (cerca de 1.000 millones de dólares), contraído al margen de toda norma legal, “deuda que se descontaba a tasas escandalosamente elevadas en los mercados de dinero internos y externos, y la insolvencia reiterada ocasionó fuerte y creciente malestar en los medios económicos, que fue uno de los motivos concretos del derrocamiento de Pérez Jiménez”.⁸⁷

⁸⁴ SUZY CASTOR: “Dictadura y Resistencia en Haití: la instancia cultural”, en Rev. Tareas, N°55, p. 98, Panamá, enero de 1983.

⁸⁵ ANTONIO GARCÍA: **Medio siglo de Historia Contemporánea, en América Latina; historia de medio siglo**, Ed. Siglo XXI, 2ª edición, p. 209, México, 1979.

⁸⁶ J. L. SALCEDO BASTARDO: **Historia Fundamental de Venezuela**, Ed. UCV, p. 485, Caracas, 1979.

⁸⁷ D. F. MAZA. ZAVALA: **Historia de medio siglo en Venezuela. 1926-75**, en **América Latina: historia...** op. cit., T. I, p. 539.

La resistencia tuvo uno de sus baluartes más destacados en el movimiento sindical; comenzó con la “huelga petrolera de 1950, que nucleó a 35.000 obreros durante seis días, luego el activo rechazo a la política de estatización sindical de la dictadura a través del MOSIT y CNT y finalmente, en la organización de brigadas de choque, barricadas y declaración de la huelga general el 23 de enero de 1958”⁸⁸ que fue determinante en la caída de la dictadura.

Bolivia: los doce años de gobierno del MNR, luego de la Revolución de 1952 -que tratamos aparte- fueron cortados abruptamente por el golpe militar del general René Barrientos el 4 de noviembre de 1964, que pavimentó el camino de la entrega de las riquezas nacionales al capital financiero norteamericano. Reprimió al movimiento sindical, inclusive con masacres. Generalizó la corrupción de la alta burocracia estatal y en la oficialidad del ejército, terminando su dictadura con un accidente que le costó la vida, al caer el helicóptero donde viajaba, en abril de 1969.

Le sucedió otro militar: el general Alfredo Ovando, participe de la matanza de San Juan (1967), en la zona de obreros mineros. Acorralado por presiones dentro de las FF.AA. tuvo que asilarse en la embajada de Argentina en 1971. El nuevo gobierno del general Juan José Torres inauguró un nuevo papel de la sociedad civil, sobre todo por la creación de la Asamblea popular, que adoptó importantes medidas en favor de obreros, empleados, campesinos e indígenas. Pero este viento fresco fue congelado con otro golpe militar en agosto de 1971, encabezado por el coronel Hugo Banzer, quién declaró que actuaba “en defensa de la libertad, la paz social y los valores cristianos”.⁸⁹

Brasil: el 1º de abril de 1964 fue derrocado por un golpe militar el presidente João Goulart, que había continuado la tradición populista de Janio Quadros y Juscelino Kubitschek. Una huelga general trató de enfrentar el golpe, sin éxito.

La junta militar, encabezada por el general Castelo Branco disolvió el Parlamento y los partidos políticos, reprimió las organizaciones sindicales, estudiantil y campesinas, implantando las recetas del Fondo Monetario Internacional.⁹⁰

De este modo, las FF.AA se constituyeron en precursores de un paso importante: la toma del poder, como Institución, del aparato del Estado, junto con la burguesía asociada al capital monopólico internacional. Durante 1967-68, bajo el general Costa e Silva, se intensificó la resistencia popular con huelgas en São Paulo, Minas Gerais y Río de Janeiro, además de combativas manifestaciones estudiantiles, que recordaban así al destacado revolucionario Carlos Lamarca, de la VPR, muerto hacía pocos años en un enfrentamiento guerrillero.

En octubre de 1975, Ernesto Geisel, dictador de turno, tuvo que acentuar la represión, implantando la tortura selectiva y adoptando medidas económicas que fueron asimiladas por las dictaduras de Chile, Argentina y Uruguay, ante los “éxitos” del “milagro” brasileño.

Uruguay: el 27 de junio de 1973 se produjo el golpe militar en uno de los pocos países latinoamericanos sin tradición de dictaduras castrenses en el siglo XX. A la tiranía de los primeros años de Bordaberry lo sucedió la de Aparicio Méndez.

Junto con la represión generalizada, las FF.AA., impusieron un proceso de empobrecimiento, que en los 3 primeros años alcanzó un 7% anual. Intentaron una estatización del movimiento sindical e intervinieron la Universidad. Miles de uruguayos tuvieron que salir al exilio. Según el escritor uruguayo Claudio Trobo, Uruguay fue la “nación de América Latina con un mayor porcentaje de presos políticos y exiliados, a la par que exhibía la más grande deuda per cápita”⁹¹ En 1979, estaban reclusos más de 6.000 presos, incluido el general Seregni. La Central de Trabajadores (CNT) encabezó, desde el principio, la resistencia civil a través de una huelga general, respaldada por el Frente Amplio. El 1º de mayo de 1983 se hizo una gigantesca concentración.

Disueltos los partidos políticos tradicionales, de hecho las FF.AA. se convirtieron en el único partido, el partido militar. “Sin embargo, la propia verticalidad intrínseca al aparato militar introduce una gran rigidez en el procesamiento de las luchas por la hegemonía entre esas fracciones (...) cada fracción de la burguesía busca congraciarse con un sector o con un dirigente de las fuerzas armadas, y éstos a su vez buscan congraciarse con sectores sociales o territoriales de la

⁸⁸ LUIS VITALE: **Estado y estructuras de clases en la Venezuela contemporánea**, Ed.Univ. Central de Venezuela, p. 36, Caracas, 1984.

⁸⁹ RAUL RUIZ GONZALEZ: **Militarismo y neocolonialismo**, Quito, p. 126, 1977.

⁹⁰ J. C. MAIA NETTO: **La crisis brasileña**, Ed.J. Alvarez, Buenos Aires, 1965.

⁹¹ CLAUDIO TROBO: “Uruguay: la gota que puede colmar el vaso”, en Re. Nueva Sociedad p. 12, Caracas, julio-agosto, 1983.

burguesía, como base de apoyo para sus propias luchas corporativas por el poder. De ahí las crisis periódicas en la cúpula del equipo cívico-militar”.⁹² ; crisis políticas que duran hasta la caída de la dictadura militar en 1985, después de 12 años en el poder.

Argentina es uno de los países latinoamericanos que durante el siglo XX ha tenido más golpes militares pero dictaduras menos prolongadas que las de República Dominicana, Nicaragua, Paraguay, Bolivia y Chile. La del general Uriburu contra el presidente Yrigoyen duró 2 años (1930-32); la de Farrell-Dawson contra Castillo 2 años (1943-45); la de Lonardi-Aramburu-Rojas 3 años contra Perón (1955-58); la de Carlos Onganía 3 años (1966-70) contra Fondizi.

La dictadura más prolongada fue la Videla-Massera-Galtieri contra Estela M. de Perón, duró 7 años (1976-83). Con este último golpe se cierra el ciclo contrarrevolucionario en el Cono Sur, iniciado con el golpe a Goullart en 1964 y continuado con los golpes militares a Bolivia, Uruguay y Chile, para aplastar el proceso revolucionario del Cono sur.

La dictadura de Videla fue tan siniestra como la de Pinochet, quizá con más miles de muertos y desaparecidos. Como contrapartida, se organizó uno de los movimientos más grandes de América Latina sobre los Derechos Humanos, encarnado en las Madres de la Plaza de Mayo, que durante muchos años se congregaron todos los jueves a reclamar por los desaparecidos y a exigir la renuncia de los militares.

A los militares de turno, Viola, Galtieri y Bignone les resultó más difícil mantenerse en el poder, no sólo por el ascenso de la resistencia popular en los sindicatos, las “Villas Miserias” y en las provincias más afectadas por el inicio del proyecto económico neoliberal,⁹³ sino por su decisión mal calculada de reconquistar la Islas Malvinas. La derrota militar precipitó la caída de la dictadura en 1983.

Chile sufrió la dictadura más larga de esta segunda fase de la Logia de las Espadas iniciada en Brasil en 1964. La Junta Militar, encabezada por A. Pinochet, duró 17 años, de 1973-1990, sobrepasando largamente a la tiranía del general Ibañez (1927-1931).

Pinochet estableció un régimen de terror, torturas sofisticadas, con un saldo de miles de muertos y desaparecidos; con campos de concentración donde fueron hacinados cerca de 30.000 “prisioneros de guerra”, y con decenas de miles de exiliados. Disolvió los partidos políticos de centro y de izquierda, ilegalizó la Central Única de Trabajadores, encarcelando a sus principales dirigentes. En agosto de 1978 hubo una crisis en la cúpula militar, que terminó con la renuncia del general de aviación H. Leigh, y su reemplazo por el general Matthei.

La clase trabajadora y los pobladores de las zonas urbanas-periféricas pobres se constituyeron en la columna vertebral de la resistencia. Desde la huelga de los mineros del cobre de El Teniente en 1977 hasta las huelgas de hambre de miles de obreros de Chuquicamata, la “la huelga de las viandas” de varios sindicatos, la huelga de las mujeres del sindicato Salomé en 1979, de los 500 obreros de Panal en 1980, de los 1.500 obreros del complejo Hidroeléctrico Colbún-Machicura (julio 1982) hasta las marchas de protestas de 1983 a 1985, además de la huelga general de fines de 1984. Esta huelga rebasó el marco estrictamente sindical, transformándose en un movimiento político antidictatorial que abarcó a casi la totalidad de los oprimidos. Comenzaron a organizarse Intersindicales y Agrupaciones de Sindicatos, como “Solidaridad” en 1980, que lucharon contra el “Plan Laboral” de la dictadura (1978).

El hombre nucleador, nervio y ejemplo, fue Clotario Blest, presidente de la CUT entre 1953 y 1962, quien fundó en 1976 el CODESH (Comité de Defensa de los Derechos Sindicales y Humanos). También se movilizaron los campesinos (la Agrupación de Sindicatos Campesinos de Neuquén) y los Pueblos Originarios, especialmente mapuches, que rechazaron la Ley Indígena decretada por Pinochet en 1980 y encabezaron marchas que llegaron a Santiago. En las poblaciones se organizaron brigadas de autodefensa, compuestas por jóvenes. Las mujeres se reorganizaron en nuevos movimientos feministas, realizando en 1984 un gran acto público en el Teatro Caupolicán con la consigna: “Democracia en el país y en la casa, ahora”.

El MIR, trató de realizar acciones armadas, pero sufrió un duro revés en las guerrillas de Neuquén. El Frente Patriótico Manuel Rodríguez emergió entonces como la organización más fuerte de la lucha armada, sufriendo también un serio revés con la muerte de Raúl Pellegrin y Cecilia Magni en el combate de Los Queñes en 1988.

Es pura ideología pinochetista la propaganda que ha hecho creer que la economía chilena experimentó un gran salto después del golpe militar. La verdad -probada por las estadísticas- es que hubo una primera crisis por lo menos de 4 años; luego un pequeño repunte entre 1977 y 1980, para volver a una grave recesión con la crisis financiera de 1982-83. El llamado “milagro” chileno se produjo recién en los últimos 5 años de la tiranía, cuando comenzó a funcionar la política neoliberal con la apertura al mercado mundial y por supuesto a través de la explotación de mano de obra barata.

⁹² GERONIMO DE SIERRA: **Consolidación y crisis del “capitalismo democrático” en Uruguay, en América Latina: historia de medio siglo**, Ed. Siglo XXI-UNAM, México, 2ª edición, p. 456, 1979.

⁹³ JORGE SCHVARZER: **Martínez de hoz, la logia política de la política económica**, Ed. Ciser, Buenos Aires, 1983.

Presionada por EE.UU., la junta militar comenzó a insinuar una cierta apertura, a través del Ministro Onofre Jarpa, que más tarde se concretó a raíz del Plebiscito de 1988, en vista del triunfo del NO, es decir el rechazo a la propuesta de Pinochet. La situación de los militares se hizo insostenible; por eso llegaron a un acuerdo con la oposición. En la convocatoria a elecciones, triunfó la Concertación, presidida por Patricio Aylwin, iniciando en 1990 un nuevo gobierno “democrático” con Pinochet como jefe de las FF.AA.; una transición pactada..



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enriquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 

⁹⁴GONZALO VIAL: **Historia de Chile...**op.cit., t. XII, p.1895